

# CRISTIANDAD

AÑO XXXII - NUMS. 558-557

BARCELONA

MARZO - ABRIL 1975

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



## SUMARIO

EL EVANGELIO PRINCIPIO  
DE RENOVACION AUTENTICA  
LA IGLESIA  
MUNDO RECONCILIADO  
Y RECONCILIADOR

*Paulo VI*

LA RECONCILIACION CON DIOS  
FINALIDAD PRIMERA Y FRUTO  
PRINCIPAL DEL AÑO SANTO

*Roberto Cayuela, S. I.*

EL GRAN MODELO  
DE CONVERSION POR LA MAS  
PERFECTA PENITENCIA

*Rocasan, S. I.*

ESPERANZA Y RECONCILIACION

*Narciso Torres*

LAS REVELACIONES DEL CORAZON  
DE JESUS, EN EL MARCO  
DEL AÑO SANTO

*Juan Manuel Igartua, S. I.*

EL CONGRESO DE PARAY-LE-  
MONIAL Y PARIS SOBRE EL CULTO  
AL SAGRADO CORAZON

*José M.ª Ordóñez, M. S. C.*

EL APOSTOLADO DE LA ORACION  
NO HA CEDIDO A LA CRISIS  
ACTUAL

UN SIGNO DE CONSAGRACION  
A DIOS, EL HABITO RELIGIOSO

*Fr. Antonio de Lugo, O. S. H.*

CARTA DEL PAPA AL SUPERIOR  
GENERAL DE LA COMPAÑIA  
DE JESUS

ATENCION A LA MAREA NEGRA

*Severiano del Páramo, S. I.*

AL MEDIO SIGLO-1917  
EN LA TEOLOGIA  
DE LA HISTORIA-1921 LA PAZ  
NO LLEGABA (I.I).

*Luis Creus Vidal*

POSICIONES ENTREGADAS  
¡¡HABRASE VISTO!!

*M. Díaz*

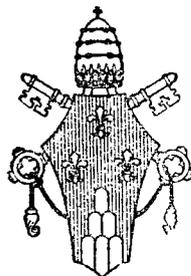
OFENSA A CACERES

*L. C. V.*

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)  
Teléfono, 317 47 33

Director: **Fernando Serrano Misas**

## EL EVANGELIO PRINCIPIO DE RENOVACION AUTENTICA



Una vez más hablamos de la renovación que el Año Santo debería traer consigo para las personas, individualmente consideradas, y para los pueblos. Renovación: la palabra es clara, pero su sentido es oscuro, porque resulta difícil concretar a que se refiere. Surge un pensamiento espontáneo: se refiere a todo; todo lo que el mundo es, todo lo que el mundo tiene, todo lo que el mundo hace, todo debería ser renovado. Visión magnífica, pero no carente de motivos de graves preocupaciones. Porque significa que todo es imperfecto, todo es

desorden; más aún, significa que todo cuanto el hombre ha realizado, especialmente en estos últimos años de maravillosas operaciones, todo el progreso moderno que ha inundado la tierra con prodigiosas conquistas en todos los campos de la actividad humana, no ha saciado, sino parcialmente, los deseos y las necesidades de la humanidad; mejor dicho, ha denunciado enormes miserias, enormes injusticias, enormes necesidades; ha despertado, además, la conciencia de las desigualdades sociales, de los retrocesos de la mayor parte de las gentes, del hambre de pan, de cultura, de derechos, un hambre hasta ahora sufrida y adormecida, y que hoy resulta cruel e intolerable.

Más aún: fenómeno desconcertante; la necesidad de tener más, de gozar de alguna forma nueva y superior de vida, se ha manifestado más ávida e insaciable en los grupos favorecidos por el progreso que en las gentes humildes, aun cuando éstas se han mostrado inquietas y rebosantes de protestas y de reivindicaciones, como para demostrar, de una parte, que **ninguna prosperidad vale para aplacar el afán insaciable de ser, de tener, de gozar, sino que produce un deseo mas torturador de otra cosa, de otra experiencia distinta de la ya poseída**; y, por otra parte, que el orden, así llamado, resultante del progreso económico y social de nuestro tiempo produce un desorden inicuo, por la distribución desigual de sus beneficios, por su radical insuficiencia cuantitativa y, si nos fijamos bien, también cualitativa, para hacer a todos los hombres felices o, al menos, para satisfacer en todos ciertas necesidades radi-

cales, surgidas a nivel de derechos, comenzando por la desigualdad de la persona humana, cualquiera que sea esta, para pasar inmediatamente después a la libertad y a un bienestar suficiente.

De esta gigantesca y amarga experiencia, he aquí que surgen fenómenos extraños y negativos; la desconfianza, la contestación, incluso hasta la revolución, el odio social hasta su expresión institucional entre clases, partidos, tribus, pueblos, civilizaciones; el aburrimiento y el disgusto cínico de la vida, la indiferencia ideológica, **el escepticismo sustituido por liberalismo especulativo, el pesimismo refinado y total, cósmico**, una especie, se diría, de suicidio intencional del hombre idealizado, como si fuese una mentirosa y peligrosa utopía; y el recurso pseudosabio, pero en realidad, insensato y desesperado, al placer instintivo e inmediato, **al hedonismo egoísta y al mismo tiempo calculador de los medios inhumanos para planificar y para limitar las estadísticas de la humanidad en aumento.**

¿Este es el mundo? Digamos, ciertos aspectos, desgraciadamente, del mundo; pero no todo el mundo, que está todavía dominado por una grande y enérgica esperanza, que parece interpretar la profecía de la historia: el mundo puede renovarse una vez más y siempre, pero ¿cómo?. Y esta pregunta es fecundísima en respuestas; mas las respuestas no son menos fecundas en otros sufrimientos y desilusiones. ¿Existe un camino de solución?, ¿una teoría que merece preferencia?, ¿una teoría que reconstruya el designio ideal de la vida humana y la conduzca a sus verdaderos y mejores destinos?

Nos creemos que sí. Y decimos esto sin intenciones polémicas, **ni con recurso a fórmulas mágicas y triunfalistas. Nosotros creemos en el Evangelio de Cristo y sabemos que podemos encontrar en él el principio de la renovación auténtica.** Por esto lo predicamos en esta afortunada etapa del Año Santo. El principio de la renovación (un principio, entre otros que allí existen) **es proclamado en la antigua y siempre viva palabra de Jesús, ésta: BUSCAD EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA Y LO DEMAS SE OS DARÁ POR AÑADIDURA** (Mt. 6, 33).

Frase conocida, pero que no ha terminado de resonar en la conciencia de la humanidad pensativa y voluntariosa. Es frase actual, es frase apremiante, acaso en vano, ¡ay! en la así llamada «estancia de los botones», es decir, en los centros directivos, donde maduran las supremas decisiones para la conducción de los pueblos. Dicha frase, en nuestra opinión, tiene esto de característico y de imperativo: es necesario establecer una escala de fines, a los que el hombre puede y debe

dirigirse. En la cumbre de la escala está el «Reino de Dios y su justicia» si este fin es depreciado o negado **la escala se descompone; no se sabe ciertamente para quién o para qué vive el hombre** en el puesto del primer fin, que es para nosotros el primer valor, entran otros fines, otros valores, los cuales pueden, ciertamente, potenciar la actividad humana e imprimirle, por tanto, gran energía y mucha capacidad operativa, pero al final, sin aquello que es lo más importante: el orden verdadero, la sabiduría, la felicidad, la paz; y el inestimable don de compensación de toda deficiencia presente, de seguridad, de alegría, de trabajar y de vivir, que es la esperanza escatológica, es decir, la certeza de una vida futura.

**La búsqueda prioritaria del Reino de Dios y su justicia produce en la conciencia del hombre el contraste entre los bienes a que el hombre puede aspirar, y despiaza el eje del interés dominante y directriz de sus intenciones, un eje que tiene su base en el corazón, y el término en el misterio luminoso y polar de la paternidad divina;** mientras que su itinerario entre uno y otro soporte está en la justicia, es decir, en la derivación lógica del arte de vivir humanamente, como Cristo nos ha enseñado, en el amor y en el sacrificio.

Fluye de esta concepción la renovación de nuestra filosofía de la vida, con una primera consecuencia: un desprendimiento, una liberación, una relativa desvalorización de los bienes temporales de la riqueza, del «auri sacra fames» (hambre sagrada de riqueza) que hace a los hombres **egoístas**, y frecuentemente codiciosos y crueles, enemigos entre sí, explotadores y **antisociales**; fluye la «pobreza de espíritu» proclamada por el Evangelio, la cual no encontrará sobre la tierra complemento alguno apropiado, pero **conseguirá para quien la posee, gustar con juicio moderado, incluso las cosas de este mundo, y hacer de ellas al mismo tiempo sendero de ascensión al Bien sumo, que es el único digno de ser conquistado y poseído, el Reino de los cielos.**

Aquella «pobreza de espíritu» que nos hace ricos y preocupados por los hermanos necesitados y pacientes, y nos predispone también a las innovaciones económicas y sociales que sean aptas para crear una justicia mayor, y mayor fraternidad sobre la tierra.

Comprender la sabiduría de esta renovación, ¿quién lo puede hoy? ¿quién lo quiere? Difícil de contestar: el mundo, frecuentemente, no quiere oír ni siquiera hablar de ello. Pero los hijos «del Reino» si lo pueden; sí, ¡lo quieren! ¿No es verdad, hermanos? Con nuestra bendición apostólica.

(Paulo VI audiencia general de 23 de enero de 1975)

# LA IGLESIA, MUNDO RECONCILIADO Y RECONCILIADOR

Fragmentos de la exhortación apostólica «PATERNA CUM BENVOLENTIA» de Su Santidad Pablo VI al episcopado, al clero, y a los fieles de todo el mundo sobre la reconciliación que hay que promover en el interior de la Iglesia durante el Año Santo.

*...la reconciliación encuentra su expresión privilegiada y la plenitud de su fuerza en la Iglesia, ésta es "como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano".*

*...Sin embargo, aún cuando la Iglesia en virtud del Espíritu Santo, ha permanecido siempre como esposa fiel a su Señor y jamás ha dejado de ser signo de salvación en el mundo, todavía no ignora el hecho de que entre sus miembros, tanto clérigos como laicos, a lo largo de los siglos pasados no han faltado quienes no fueran fieles al Espíritu de Dios. (1)*

*En realidad en esta Iglesia de Dios, una y única, surgieron desde los primeros tiempos escisiones condenadas con graves palabras del Apóstol. (2)*

*Cuando posteriormente se produjeron las conocidas rupturas que no se pudieron evitar, la Iglesia superó la situación de discrepancia interior reafirmando claramente, como condición insustituible de comunión, aquellos principios que permitían mantener intacta su unidad constitutiva y permitían manifestarla "en la confesión de una sola fe, en la común celebración del culto divino y en la concordia fraternal de la familia de "Dios". (3)*

*Pero no menos peligrosas y de tal calibre que requieran esta clarificación y esta invitación a la unidad, son al parecer los movimientos de infidelidad al Espíritu Santo, que por todas partes se encuentran en la Iglesia de nuestros días, y pretenden, por desgracia, minarla desde dentro. Los promotores y las víctimas de tales movimientos, en realidad poco numerosos en comparación con la inmensa mayoría de los fieles, pretenden permanecer en la Iglesia con los mismos derechos y las mismas posibilidades de expresión y de acción que los demás, para atentar contra la unidad eclesial; y, al no querer reconocer en la Iglesia una única realidad resultante de un doble elemento humano y divino, análoga al misterio del Verbo Encarnado, que la constituye "sobre la tierra comunidad de fe, de esperanza y de caridad como organización visible" mediante la cual Cristo "comunica a todos la verdad y la gracia", (4) ellos se oponen a la sagrada jerarquía y la rechazan, como si todo acto de dicha oposición contribuyera a encontrar la verdad sobre la Iglesia, y de esta forma descubrirla tal como Cristo la habría instituido; discuten el deber de la obediencia a la autoridad querida por el Redentor; acusan a los pastores de la Iglesia no tanto por lo que hacen o por cómo lo hacen, sino sencillamente porque, según afirman, se consideran como guardianes de un sistema o aparato eclesiástico contrario a la institución de Cristo; de este modo provocan desconcierto en toda la comunidad eclesial, introduciendo en la misma las conclusiones de teorías dialécticas ajenas al espíritu de Cristo.*

*Utilizando las palabras del Evangelio alteran su significado. Nos observamos con pena este estado de cosas, si bien, como hemos dicho, es mínimo en comparación con la gran masa de los cristianos fieles; pero no podemos*

**La Iglesia ha sido siempre fiel a su Señor, aunque haya habido cristianos infieles al Espíritu de Dios**

**En la Iglesia de nuestros días por todas partes se encuentran movimientos de infidelidad al Espíritu Santo que pretenden minarla desde dentro**

**No se quiere reconocer a la Iglesia como organización visible de Fe, Esperanza y Caridad, mediante la cual Cristo comunica a todos la verdad y la gracia**

**Pretenden descubrir a la Iglesia tal como Cristo la habría instituido, rechazando la sagrada Jerarquía**

**Se introducen conclusiones de teorías dialécticas ajenas al espíritu de Cristo**

**Se tergiversa el sentido de las palabras del Evangelio**

**Hay que oponerse a esta falta de virtud y justicia con el mismo brío que San Pablo**

**Advertencia a todos los buenos cristianos para que no se dejen impresionar ni desorientar por las maniobras de los desviados**

**La Iglesia Católica, constituida y organizada como sociedad, es la única iglesia de Cristo**

**Los pastores de la Iglesia católica, aun cuando fueren indignos, tienen autoridad y poder**

**La discrepancia doctrinal, bajo el nombre de pluralismo teológico, llega hasta el relativismo dogmático y reduce la integridad de la fe**

**Contra la revelación divina contenida en la Escritura y la Tradición, interpretadas por el Magisterio de la Iglesia, no cabe oposición en nombre de un llamado pluralismo**

**El legítimo pluralismo ha existido siempre en la Iglesia**

**Permite diferentes acentos y grados en la comprensión de una misma fe en la que se converge desde las peculiaridades personales de los fieles**

*dejar de oponernos con el mismo brío de San Pablo contra esa falta de lealtad y de justicia. Nos, ponemos en guardia a todos los cristianos de buena voluntad para que no se dejen impresionar o desorientar por las presiones injustas de hermanos desgraciadamente desviados, y que no obstante, están siempre presentes en nuestra plegaria y próximos a nuestro corazón.*

*En lo que a Nos respecta reafirmamos que la única Iglesia de Cristo "constituida y organizada en este mundo como sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro, y por los obispos en comunión con él, aun cuando fuera de su organismo se encuentran muchos elementos de santificación y de verdad" (5) reafirmamos también que estos pastores de la Iglesia, que presiden al pueblo de Dios en su nombre, con la humildad de los siervos, pero también con la franqueza de los Apóstoles (cf. Hechos, 4,31), a los cuales sucedes, tienen el derecho y el deber de proclamar: "Mientras estemos al frente de esta Sede..., mientras presidamos, tenemos autoridad y poder, aun cuando seamos indignos". (6)*

*El proceso que acabamos de describir adquiere la forma de una discrepancia doctrinal, que se pretende patrocinada por el pluralismo teológico y es impulsado, no raramente, hasta el relativismo dogmático, llamado pluralismo, reductor, bajo diversas formas, de la integridad de la fe. Incluso cuando no es impulsado hasta el relativismo dogmático, llamado pluralismo, dicho pluralismo es a veces considerado como un legítimo "lugar teológico" capaz de permitir tomas de posición contra el magisterio auténtico del mismo Romano Pontífice y de la jerarquía episcopal, únicos intérpretes autorizados de la revelación divina contenida en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura. (7)*

*Nos reconocemos el legítimo derecho de ciudadanía en la Iglesia al pluralismo de investigación y de pensamiento que de distinta forma explora y expone el dogma, pero sin eliminar su idéntico significado "objetivo"; esto es un componente natural de la catolicidad de la Iglesia, como igualmente su signo de riqueza cultural y de compromiso personal de todos los que pertenecen a la misma. Reconocemos también los valores inestimables aportados por el pluralismo en el campo de la espiritualidad cristiana, de las instituciones eclesiales y religiosas, como también en el campo de las manifestaciones litúrgicas y normas disciplinares; valores que confluyen en aquella "variedad que tiende hacia la unidad", la cual "demuestra con mayor evidencia la catolicidad de la Iglesia indivisa". (8)*

*Más aún, admitimos el hecho de que un equilibrado pluralismo teológico encuentra fundamento en el mismo misterio de Cristo, cuyas inexcrutables riquezas (cf. Efes., 3,8) superan las facultades expresivas de todas las épocas y de todas las culturas. La doctrina de la fe, por tanto, procede necesariamente de aquel misterio —puesto que, en orden a la salvación, "no existe otro misterio, sino Cristo" (9) reclama investigaciones siempre nuevas. En realidad las perspectivas de la palabra de Dios son tantas, y tantas son las perspectivas de los fieles que las exploran (10) que la convergencia en la misma fe jamás está exenta de peculiaridades personales en la adhesión de cada uno. Sin embargo, los diversos acentos y grados en la comprensión de la misma fe no dañan a sus contenidos esenciales, puesto que están unificadas en la común adhesión al magisterio de la Iglesia, el cual, mientras es, como norma próxima, determinante por lo que se refiere a la fe de todos, a todos también garantiza contra el juicio subjetivo de toda interpretación diferenciada de la misma.*

*Pero ¿qué decir de aquel pluralismo que considera la fe y su enunciación*

**El falso pluralismo considera la fe no como herencia transmitida, sino como hallazgo individual al que se llega a través del libre examen de la palabra de Dios**

**Si no se acata el magisterio de la Iglesia se compromete la unión con Cristo a través de los apóstoles**

**Para intentar eludir las dificultades del misterio se buscan fórmulas ilusorias que disuelven el contenido de la fe**

**Frente a la única institución y comunidad de salvación —la Iglesia Católica— se contraponen una pluralidad de instituciones y comunidades de disentimiento**

**Estos grupos autocéfalos creen que honran a Dios, pero introducen en la Iglesia el germen de la disgregación**

**Nada debe temer el cristiano mas que separarse del cuerpo de Cristo, es decir de la Iglesia**

no como herencia comunitaria, y por tanto eclesial, sino como un hallazgo individual de la libre crítica y del libre examen de la palabra de Dios? En efecto, sin la mediación del magisterio de la Iglesia, al cual los Apóstoles confiaron su magisterio (11), y que, por ello, enseña "solamente lo que ha sido transmitido" (12), permanece comprometida la unión segura con Cristo por medio de los Apóstoles, que son los "transmisores de lo que ellos mismos habían recibido". (13)

Y por ello, una vez comprometida la perseverancia en la doctrina transmitida por los Apóstoles, sucede que, acaso queriendo eludir las dificultades del misterio, se buscan fórmulas de comprensibilidad ilusoria que disuelven su contenido real; y, de este modo, se elaboran doctrinas no fieles a la objetividad de la fe, o justamente contrarias a la misma y, en la mayoría de los casos, que cristalizan en una coexistencia de concepciones opuestas incluso entre sí.

Las oposiciones internas que afectan a los diversos sectores de la vida eclesial, en el caso de que se establezcan en un estado de disidencia, conducen a contraponer a la única institución y comunidad de salvación, una pluralidad de "instituciones o comunidades del disentimiento", que no están de acuerdo con la naturaleza de la Iglesia, la cual, con la aparición de facciones opuestas, ancladas en posturas irreconciliables, perdería su mismo entramado constitucional. Surge entonces la "polarización del disentimiento", en virtud de la cual todo el interés se concentra sobre los grupos respectivos, prácticamente autocéfalos, cada uno de los cuales considera que honra a Dios. Esta situación lleva en sí, e introduce en la medida que puede, en la comunión eclesial los gérmenes de la disgregación.

Deseamos vivamente que la voz de la conciencia induzca a todos los individuos a un proceso de reflexión que les permita tomar una opción más consciente. Nos, exhortamos a todos y a cada uno a esto: "escruta el secreto íntimo de tu corazón y penetra, como explorador diligente, en los repliegues de tu alma" (14). Y en todos deseamos despertar la nostalgia de lo que han perdido: "Recuerda, pues, de donde has caído, arrepíentete y realiza las obras anteriores" (cf., Apoc. 2,5). Y deseamos exhortar a cada uno a considerar el prodigio divino que en él se ha cumplido y a conocer sus exigencias vinculantes ante el Señor: "De ninguna cosa debe tener miedo el cristiano, sino de separarse del Cuerpo de Cristo. Si, en efecto, se separa del Cuerpo de Cristo, no es miembro suyo; si no es miembro suyo, no es alimentado por su Espíritu. Y, si alguno —dice el Apóstol— no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece". (15)

- (1) Concilio Vaticano II. Const. past. «Gaudium et Spes» n.º 43. AAS. 58, 1966. p. 1.064.
- (2) Ibid. Decr. «Unitatis redintegratio», n. 3; AAS. 57, 1965. p. 92.
- (3) Ibid. Ibid. n. 2; AAS. 57, 1965. p. 92.
- (4) Ibid. Cons. dogm. «Lumen gentium», n. 8; AAS. 57, 1965. p. 11.
- (5) Ibid. Ibid. n. 8; AAS. 57, 1965. p. 12.
- (6) San Juan Crisóstomo, «In Epist. ad Colos.», Homil. 3, 5; PG., 62,324.
- (7) Cf. Concilio Vaticano II, Cons. dogm. «Dei Verbum», n. 10; AAS., 58, 1966. p. 822.
- (8) Ibid. Cons. dogm. «Lumen gentium», n. 23; AAS. 57, 1965. p. 29.
- (9) S. Agustín. «Epist.», 187, 11, 34 PL., 33, 845.
- (10) Cf. S. Efrén Sir. «Coment. Evang. concotd.», 1, 18; «Sourc. chret.», 121, p. 52
- (11) Cf. Conc. Vat. II, Cons. Dogm. «Dei Verbum», n.º 10, AAS., 58, 1966. p. 820
- (12) Ibid. Ibid. n.º 10; AAS., 58, 1966. p. 822.
- (13) Ibid. Ibid. n. 8; AAS., 58, 1966. p. 820.
- (14) S. León M. «Trac.», 84 bis, 2; «Corpus Christi», 138. A. p. 530.
- (15) S. Agustín. «In Joan Evang.», 27. 6; PL., 35, 1618.

# La reconciliación con Dios, finalidad primera y fruto principal del Año Santo

ROBERTO CAYUELA, S. I.

Para el hombre que por su ignorancia culpable, o por la flaqueza de su voluntad, o por su malicia, ofende a Dios y se aparta de Él, nada hay más necesario en la vida presente que reconciliarse con Dios; lo cual es nada menos que volver a su amistad y resucitar a la vida sobrenatural y divina de la Gracia, que el cristiano recibe en el Bautismo, y a la que muere por el

pecado grave el cual por esa muerte que causa, se llama mortal.

Tan sólo reconciliándose con Dios el hombre pecador, asegura lo único necesario, lo que en verdad más le importa: alcanzar su último fin sobrenatural, en la vida del Cielo, que es lo que en el lenguaje cristiano se llama «salvación eterna».

## 1.º-Además de necesaria la reconciliación es fácil y dichosísima

Y he aquí que esta reconciliación con Dios, que le es al hombre pecador absolutamente necesaria, se la ha hecho el mismo Dios, por su inmensa bondad, sumamente fácil; y se la presenta en su divina revelación con rasgos de inefable amor, y como cosa no tan sólo maravillosamente haccedera, sino también como cosa dichosísima y como fuente de la verdadera felicidad.

a) Es del todo fácil la reconciliación con Dios, por parte de Dios mismo; pues siempre se muestra propicio a perdonar, siempre dispuesto a recibir en sus brazos de Padre al pecador que se vuelve a Él, con el sincero deseo de reconciliarse con Él. Apenas hay verdad más reiteradamente revelada por Dios que ésta en toda la divida Escritura, ya en el Antiguo, y más aún en el Nuevo Testamento. ¡Con qué expresiones tan vivas se nos muestra Dios esperando al hombre pecador, llamándole e invitándole a que se reconcilie con Él! Le previene con su gracia, le rodea y, por decirlo así, le bloquea con admirables muestras de paciencia, de bondad y de amor, para que se le rinda.

Para hacer más fácil al pecador su reconciliación con Dios, nos dio su mismo Hijo, a fin de que Cristo Jesús, el Hijo de Dios hecho Hombre, como Mediador nuestro para con el Padre, realizase nuestra reconciliación: «Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito; a fin de que todo el que crea en Él, no

perezca, sino alcance la vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (In., 3, 16,17). Y el mismo Cristo Jesús dijo de sí mismo: «Vino el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que había perecido» (Lc., 1910). Y así, en innumerables pasajes del Evangelio; y de un modo conmovedor en las parábolas de la misericordia. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, la de la oveja perdida?

De la manera más inequívoca y terminante nos asegura el Espíritu Santo por San Pablo, que la obra de nuestro Divino Salvador fue la reconciliación del hombre pecador con Dios. Oigámosle:

«Nos gozamos en Dios por Nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos obtenido la reconciliación» (Rom., 5,11). «Y todo procede de Dios, quien nos reconcilió consigo, por mediación de Cristo; y a nosotros nos dio el ministerio de la reconciliación; como que Dios en Cristo, estaba reconciliando el mundo consigo, no tomándoles a los pecadores cuenta de sus delitos; y puso en nosotros el mensaje de la reconciliación. En nombre, pues de Cristo, somos sus embajadores; como que os exhorta Dios por medio de nosotros. Y así os rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios» (2 Cor., 5,18,20).

Mas no de otra manera fue esta obra de reconcilia-

ción que por la muerte de Cristo. Lo afirma el mismo San Pablo: «Plugo a Dios reconciliar todas las cosas consigo, por medio de Cristo, haciendo las paces mediante la sangre de su Cruz; y a vosotros, que en un tiempo érais completamente extraños, y enemigos de Dios por las malas obras, ahora, con todo, os ha reconciliado en el cuerpo de su carne, por medio de su muerte» (Col., 1, 30, 22). Y finalmente: «Acredita Dios su amor para con nosotros en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón, pues, justificados ahora en su sangre, seremos por El salvados de la ira (o castigo de Dios). Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hjo, con mucha más razón, una vez reconciliados, seremos salvos en su vida» (Rom. 5,8,10).

Tal fue la obra de inmenso amor de Cristo; obra realizada con penosísimo sacrificio suyo, para hacernos admirablemente fácil nuestra reconciliación con Dios.

b) Pero también es fácil, muy fácil, esta reconciliación, por parte del mismo hombre; por parte nuestra, ya que todos somos pecadores. Pues para ella nos pide Dios cosas muy hacederas, y que son del todo conformes con la recta razón; a saber: que reconozcamos humildemente nuestras culpas; que nos arrepintamos sinceramente de ellas, con el propósito serio de no volver a ellas; y que nos acerquemos confiadamente a Dios, pidiéndole perdón. Nos pide, en una palabra, la buena voluntad de nuestra conversión a Dios; la cual buena voluntad, siendo como es tan razonable, y tan propia de un hombre recto, es también don y gracia de Dios, con la que El amorosamente nos previene, nos ilumina y nos ayuda. Es gracia de luz y de fortaleza, con la que se nos hace del todo fácil lo que por nuestras propias fuerzas no hubiéramos podido. Y todo, por los medios de maravillosa suavidad y eficacia que Cristo dejó a su Iglesia.

A esto se añade lo que, al pensarlo, llena el alma de íntimo gozo y es que si el pecador, prevenido y ayudado por la gracia divina, hace con buena voluntad lo poco y fácil que el Señor le pide, entonces puede y

debe tener la firme confianza y aún la plena seguridad de que Dios le recibirá, lleno de bondad y de amor; más aún, al reconciliarlo consigo, le hará partícipe de misma vida divina y de sus mismas dichas inmortales.

Así es ciertamente; y lo sabemos con toda certeza, porque el mismo Dios nos lo ha dicho, y nos lo ha asegurado en su divina revelación.

«Un corazón contrito y humillado, tú, Señor, no lo desechas» (Ps. 50). «Gustad y ved qué bueno es el Señor; dichoso el que se acoge a El» (Ps. 33). «De tí, Señor viene el perdón. Del Señor viene la misericordia y la redención copiosa» (Ps. 129). «No mantendrá Dios por siempre su enojo, porque se complace en la compasión. Tendrá misericordia de nosotros; olvidará nuestras iniquidades; y arrojará en las profundidades del mar todos nuestros pecados» (Miq., 7,18,19). Esto e innumerables pasajes por el estilo en el antiguo Testamento.

Y ¿qué decir del Nuevo? El Evangelio de Jesucristo, para decirlo con una sola expresión, es el Evangelio de la compasión y de la misericordia; del perdón y de la reconciliación de los pecadores con Dios. Cristo se nos presenta siempre como el gran perdonador y el gran remediador; perdonador de todo pecado; remediador de todo mal y de toda necesidad humana,

¡Qué hermosamente nos resumió todo esto el discípulo amado, San Juan! «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos; y la verdad no está en nosotros. Pero sí confesaremos nuestros pecados, fiel es Dios y justo para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad» (1 In., 1, 8-9). Y continúa con acentos de suavísimo consuelo para el pecador: «Hijitos míos: esto os escribo para que no pequéis; pero si todavía alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre a Jesucristo, el justo; y El es propiación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (Ib., 2,12).

¿No es, pues, dichosísima, además de necesaria y fácil, nuestra reconciliación con Dios?

## 2.º-La voz de la Iglesia

**2.º—La voz de la Iglesia.**—Pues bien; para esta nuestra reconciliación con Dios, por una parte tan necesaria, y por otra tan fácil y siempre dichosísima, nos da la Santa Madre Iglesia frecuentes y preciosas ocasiones; pues nada más ardientemente desea que ver a sus hijos pecadores reconciliados del todo con Dios.

Pero a veces, y para lo mismo, nos ofrece la Igle-

sia ocasiones extraordinarias, más fáciles y atrayentes, con medios más abundantes; y una de estas ocasiones de extraordinario llamamiento a la reconciliación con Dios, y por medios más eficaces, es el Año Santo.

Lo vio con inspirada intuición el Papa Pablo VI; y por eso, al anunciar este Año Santo, que es previamente desde la Fiesta de Pentecostés de 1973, hasta igual solemnidad de 1974, en toda la Iglesia, fuera de

Roma; y después del 74 al 75, en Roma; proclamó claramente que la finalidad primera y el fruto principal de este Año Santo, es nuestra reconciliación con Dios. Ni se ha limitado a haberlo proclamado; sino que en sus sucesivas y continuas alocuciones de todo este tiempo, nos va exponiendo este su gran pensamiento y este su inspirado plan, con admirables enseñanzas sobre lo que es y lo que significa nuestra reconciliación con Dios, fundadas oportunamente en la

Biblia y en la Teología Católica; y añadiendo encendidas exhortaciones a ella.

Así, pues, por parte de Dios, aún ofendido y agraviado por nuestros muchos pecados; y también por parte de la Iglesia, que como nos ha dicho San Pablo, es la mensajera de nuestra reconciliación con Dios; queda patente, recto y seguro el camino; está la puerta de par en par abierta; nos viene con irradiaciones divinas sobre nuestras mentes la más clara y resplandeciente luz.

### 3.º.-El gran impedimento de la reconciliación

Pero, ¡ah!, si el hombre se corta el camino, si se cierra la puerta, y con voluntaria ceguera, aprieta los párpados de sus ojos para no ver, entonces, ¡qué caminos de despeñaderos el del infeliz pecador; qué noche de tinieblas su vida entera! Y ¿no es ésta, hoy día, la tristísima situación de muchos cristianos? Mas, ¿a qué se debe tamaña desgracia?

Digámoslo resueltamente: en contraste con la visión luminosa que ahora nos ofrece el Papa, y con él toda la Iglesia, se nos presenta otra visión de obscuridad, que es una frecuente realidad en el mundo actual. Sí; para la reconciliación de los hombres con Dios, es impedimento, terriblemente opuesto a ella, la pérdida o el obscurecimiento del **sentido del pecado** que es el gran mal de nuestra época.

Así lo denunció el gran Papa Pío XII; y después lo han ido repitiendo sus insignes sucesores. Todos ellos nos han hecho ver esta funesta realidad, y nos han manifestado sus grandes consecuencias; pues por haberse perdido tan nefastamente en muchos, aún cristianos, el sentido del pecado; o haberse obscurecido en no pocos; resulta, como natural consecuencia, que también se ha perdido u obscurecido el aborrecimiento o detestación del pecado como el único verdadero mal; y, por lo mismo, el deseo, la resolución, el empeño por evitarlo.

Cierto que siempre ha habido pecadores, aún en la Iglesia; siempre se han cometido pecados; pero la radical diferencia entre nuestros tiempos y otros de más fe, no consiste en que ahora se peca mucho, y antes no se pecaba; sino en que los cristianos de aquellos siglos, aun siendo muchos de ellos, pecadores, y aun grandes pecadores, tenían muy vivo y profundo el sentido del pecado. Y así por ejemplo, cuando en el siglo XVI, (siglo de mucha fe en España, pero siglo también de muchos pecados), publicaba Fr. Luis de Granada su excelente obra «Guía de pecadores», se veía a las gentes acudir con avidez a adquirirla, para leerla. Lo hacían muchísimos, y se agotaban las edi-

ciones; y es que aquellos cristianos de gran fe se reconocían pecadores; y como tenían un vivo y profundo sentido del pecado, buscaban una «Guía» para salir de su vida pecadora y reconciliarse con Dios. La buscaban; y al hallarla, seguían al guía, que les llevaba a los brazos del Padre.

Pero, ¡qué distinto, qué totalmente diverso es lo que ahora sucede! Trastornado el criterio de lo que es el pecado, y lo que significa en la vida del hombre para su suerte eterna; perdido y obscurecido el sentido del pecado, que es lo que ahora vemos, falla todo lo demás como cuando se resquebrajan o se cuartejan los cimientos de un edificio, viene su ruina.

Y, ¡ay de los que han perdido el sentido del pecado!; porque como el mundo les ofrece y brinda tantas, tan seductoras y tan continuas ocasiones y medios de pecar, se van lanzando desatentadamente a toda clase de pecados; se los sorben, como cuando agobia la sed en el estío; y más bien como vino fuerte y como licor embriagante; con lo cual se les va adormeciendo y aun aletargando la conciencia; y así, no advierten que si la copa del pecado es, en sus primeros sorbos y en otros subsiguientes, dulce y suave; pero tiene después dejos muy ásperos y desabridos, porque guarda en su fondo heces muy amargas. Que todo esto son reminiscencias bíblicas.

¿Cómo despertar a los tales de su profundo sueño y de su funesto letargo? ¿Cómo llegarán a la reconciliación con Dios los que así piensan, sienten y viven, pues al haber vuelto las espaldas a Dios, y haberse apartado de Él, se han cerrado ellos mismos la puerta del remedio?

Para Dios no hay nada imposible; y pues puede resucitar los cuerpos muertos, también puede resucitar las almas muertas por el pecado. ¡Lo hace tantas veces! Oye compasivo la oración suplicante de su Iglesia, y la de tantos hijos buenos y santos como tiene en ella; y que le ruegan instantemente para que se digne abrir los oídos sordos de los pecadores, a fin

de que oigan la palabra divina, palabra de salvación; y abra también sus ojos ciegos, para que vean la clarísima luz con que Dios les quiere iluminar. Se rinde Dios a las súplicas de los que le aman, y sobre todo a las de la Iglesia; y así, no pocas veces, con potente voz y con mano firme de fuertes aldabonazos a las conciencias dormidas, y con su gracia poderosa despierta a los aletargados.

Es entonces cuando los pecadores, obrando en sus almas eficazmente la gracia divina, se dan cuenta del sentido que Dios tiene del pecado; del aborrecimiento con que lo detesta; y de las penas con que lo castiga; y así, por más pecador que uno haya sido, si le abre Dios los oídos y los ojos del alma; y el hombre pecador reconoce lo errado y funesto de su criterio, tan opuesto al de Dios, sobre el pecado; y acude al remedio universal de la oración, para alcanzar el perdón y la gracia de Dios; se moverá a tener el mismo sentido del pecado que ve tiene Dios; lo aborrecerá a semejanza de como Dios lo aborrece; temerá con saludable temor las penas que lo castiga; y finalmente, al sentir que el temor abre las puertas de su alma a amor de Dios, se reconciliará con El dichosamente. Desarrollemos algo estas divinas realidades.

4.—El plan de Dios para con los pecadores les llama a la reconciliación.

¡Con qué palabras tan claras, y con qué expresiones tan vivas nos ha revelado su plan el mismo Dios! Plan de justicia, y plan de misericordia.

a) Ante todo, es un plan justísimo; pues corresponde, con admirable orden de justicia, a las dos cosas en que consiste la gravedad y malicia del pecado; a los dos males que encierra, y que son los que comete el hombre al pecar.

Estos dos males son que el hombre, cuando peca gravemente, se aparta de Dios, y se vuelve a sí mismo o a alguna cosa creada, a alguna criatura. Deja de amar a Dios sobre todas las cosas; y se ama a sí mismo o a alguna criatura con amor desordenado; y es desordenado este amor, porque el pecador antepone y prefiere el amor de sí mismo o de alguna cosa creada al amor de Dios.

A estos dos males, perpetrados por el hombre que peca, apartarse de Dios, que es su último fin y todo su bien; y volverse con amor desordenado a sí mismo o a alguna criatura; corresponde la pena con que Dios castiga el pecado, y con que demuestra el sentido que de él tiene, y el aborrecimiento con que lo detesta.

Es ciertamente justísimo, en primer lugar, que el que dejó a Dios, se quede sin El; que quien huyó de su último fin, no lo alcance no llegue a conseguirlo; que quien no quiso ir al convite de las eternas Bodas,

no goce de él; y que quien se apartó de Dios, se aparte Dios de él; pero, «¡ay de ellos, cuando de ellos me aparte yo!» (Os., 6,12).

Y es también justísimo, en segundo lugar, que quien se volvió y se entregó a la criatura, sienta daño con ella; que se punce con las espinas el que se abrazó con ellas; y que quien quiso servir a tan ruin señor, como es el mundo y su obra de pecado, sienta su crueldad y tiranía.

Con palabras sentidísimas y muy encarnecidas expresó estas dos cosas el Señor, cuando dijo por el Profeta Jeremías: «Pasmaos, oh cielos, de esto; y horrozáos y quedad atónitos en gran manera, dice el Señor; pues dos maldades cometió mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas; y se excavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen las aguas» (Jer., 2,12).

Y para que este plan de justicia, que tiene Dios para con los pecadores, lo entendamos mejor y nos llegue más al alma, a fin de que nos movamos a reconciliarnos con El, nos presenta Dios su plan justiciero, de la manera más viva y gráfica, por medio de una semejanza, de que está llena la Sagrada Biblia.

Muestra efectivamente Dios lo que siente del pecado, y cómo lo aborrece lo castiga, con la semejanza de un hombre preponente, marido bueno y amantísimo de su esposa; y que, habiéndola tenido consigo largos años, colmándola de atenciones, de obsequios y de toda clase de muestras de amor; ella, en día aciago, le deja a él, y se le va con un adúltero.

Nos describe la Biblia con rasgos de suma energía la indignación, ira y furor en que está encendido el esposo agraviado por la esposa infiel; y nos muestra lo que hace como demostración de su ira: porque no vuelve a admitirla en su casa, por ruegos ningunos; la deja padecer pobreza y miseria y malos tratamientos del adúltero; la aparta de éste con violencia, para que no goce ni de un breve deleite, y tan mezclado de amargura; quita la vida al adúltero; y aún llega a castigar a la mujer infiel con muerte afrentosa.

Pues bien; este mismo orden nos dice la Sagrada Biblia que tiene Dios en castigar a los hombres, que dejándole a El, que es su último fin, se han amancebado con las criaturas. Y esto lo repite la Biblia innumerables veces, pues Dios usa de esta comparación del esposo y de la esposa, para significarnos, por una parte, el inmenso amor que tiene a cada una de nuestras almas, pues ha llegado a desposarla consigo; y, por otra parte, que nuestros pecados no le dejan indiferente (como tan equivocadamente piensan y dicen algunos hoy día), ya que el pecado es un insensato desprecio de su santa voluntad, expresado en sus

mandatos; es una injuriosa ingratitud a su inmenso amor y a qué grandes beneficios; y es una ofensa a Dios, como de esposa amancebada con otro hombre, y que El castiga justamente.

b) Pero el plan de Dios para con los pecadores, más aún que de justicia, es de misericordia.

En uno de los textos bíblicos, en que más al vivo y extensamente nos revela Dios lo que siente del pecado, y lo que hace con el pecador, usando de la semejanza de la esposa infiel y adúltera, que es el capítulo 3.º de la Profecía de Jeremías; después de decir: «Si despide un marido a su mujer, porque ella se marchó de junto a él y vino a ser de otro varón, ¿volverá el marido a recibirla de nuevo?», añade el Señor estas palabras, que comenzando por ser un severo y merecido reproche, terminan siendo una maravillosa prueba de su misericordia: «Tú has adulterado con muchos amantes; con todo, vuélvete a mí, dice el Señor; y yo te recibiré».

Así es el plan de Dios; y para que se nos grabe más en el alma, lo declara en otros muchos pasajes de la Biblia.

Dice Isaías: «Tiene Dios paciencia, tiene espera; desea con ansia compadecerse de nosotros...! estamos ciertos de que obrará gracia y misericordia con el pecador, pues atenderá a la voz de su grito de auxilio; en cuanto lo oiga, le responderá» (Is., 30, 18-19). Y otra vez por Jeremías, en sus lamentaciones: «No rechaza para siempre el Señor; sino que, se aflige, se apiada según la muchedumbre de sus misericordias; porque no veja por impulso de su corazón; no desecha a los hijos de los hombres» Thren., 3, 31-33).

Páginas y páginas habríamos de añadir, si hubiésemos de citar otros muchos pasajes bíblicos, en los que nos muestra el Señor que si su plan para con los pecadores es de rectísima justicia, es más, incomparablemente más, plan de misericordia.

Es que «Dios es amor (1 In., 4,8); lo es para con todos los hombres; mas para con los pecadores es «amor de misericordia». Y por eso, todos los castigos con que en la vida presente sanciona los pecados, son castigos más bien de misericordia; es decir, no nos castiga por castigar; para hacernos sufrir, y nada más; sino más bien, y mucho más, para atraernos hacia sí; para que nos volvamos y nos convirtamos

a El, cuando vivimos alejados de El, y aún sin acordarnos de El.

Se verifica aquí plenamente lo que con sabiduría popular dice el refrán: «el loco, por la pena es cuerdo». Y así, al ver Dios al hombre, que es su hijo muy amado, enloquecido por el desorden de su amor, por la violencia de sus pasiones desorbitadas, y por las seducciones enloquecedoras del mundo; y que por eso, con una como tristísima locura, vive fuera de sí, hundido en sus pecados, apartado de Dios, y lejos de la casa paterna; le castiga, sí, con penas y tribulaciones; pero lo hace para que el pecador se vuelva «cuerdo»; para que entre dentro de sí mismo; vuelva sobre sí; se acuerde de su Padre, y de lo que en la Casa de su Padre tienen aun los jornaleros; y emprenda el camino de retorno hacia Dios con una conversión sincera y una reconciliación dichosísima. Todo esto se ve a maravilla en la parábola que con toda propiedad se ha llamado «la perla de las parábolas del Evangelio»; la del hijo pródigo.

En esta parábola se nos retrató de mano maestra su autor, Jesucristo: el gran perdonador. Y el mismo Jesucristo, que, por una parte, es la más grande y clara demostración del sentido que Dios tiene del pecado, del aborrecimiento con que lo detesta, y de las penas con que lo castiga; pues esto es la clave de toda su vida de pobreza, privaciones, persecuciones y trabajos; y, sobre todo, de su Pasión y muerte de Cruz; es, por otra parte el más eficaz motivo para que nos reconciliemos con Dios, y el Mediador que obra dichosamente esta nuestra reconciliación.

La más segura confianza brilla en El para nosotros, pecadores: «Quién a su propio Hijo no perdonó; antes por nosotros todos lo entregó, ¿cómo no juntamente con El, nos dará de gracia todas las cosas?» (Rom., 8,32).

Para todo esto, y de una manera singularmente eficaz, es el Año Santo. Sí, Año Santo, pues, como se indica en su nombre, es el Año en que la Iglesia, del tesoro riquísimo e inexhaustible de que dispone en bien de todos sus hijos; y que lo forman los inmensos merecimientos de Cristo, y también de la Virgen María y de los Santos, nos ofrece con mayor abundancia las gracias de **santidad**; para que la recobren los que la han perdido; crezcan en ella los que la poseen; y todos vivamos en una sincera y completa reconciliación con Dios.

# EL GRAN MODELO DE CONVERSION POR LA MAS PERFECTA PENITENCIA

ROCASAN, S. I.

Este Año Santo de 1975, que según el inspirado intento de S. S. Paulo VI, es el Año Santo de la reconciliación, nos ofrece ocasión propicia para que recordemos atentamente, y no de lejos, sino como si presente nos hallásemos, con una contemplación viva y provechosisima, el mas notable, aleccionador y conmovedor ejemplo que tenemos en el Evangelio, de las mas completa reconciliación de un alma pecadora con Dios; reconciliación que fue tan plena y absoluta porque su conversión fue sincerísima y plena; cambio total y radical de vida, y fue así su conversión, porque su penitencia fue del todo perfecta, ya que fue por el motivo del mas ardiente amor de perfecta caridad.

Este soberano y sublime ejemplo es el de la conversión de María Magdalena. Nos la refiere el Evangelista San Lucas; y en los otros tres Evangelios tenemos datos preciosos, que completan la realidad de aquella conversión, modelo de todas las demás.

El mismo Jesucristo fue quien nos presentó con las mas claras expresiones, de palabras y de hechos, la realidad de aquel gran modelo de conversiones; y nos descubrió el misterio de ella; es decir, el por qué de la perfección que había tenido la penitencia de Magdalena, y que por lo mismo había sido tan completa la conversión de su corazón; y consiguientemente tan maravillosamente total y absoluta su reconciliación con Dios.

Las palabras inmortales de Jesús, reveladoras de todo aquel gran misterio, fueron: «Le son perdonados muchos pecados, **porque amó mucho**» (Lc., 7, 47).

Una doble revelación tenemos en este caso; pues en él se nos reveló Jesús en toda la magnificencia de su bondad, compasión y misericordia para con los pecadores arrepentidos; y se nos reveló la misma Magdalena, tal como fué, en su perfecto amor a Jesús, para ejemplo nuestro.

En el mismo incomparable pasaje evangélico, y con la mas segura guía de la interpretación de los Santos Padres, podemos seguir el proceso del mucho amor de María Magdalena; por el cual, al ser per-

fecta su penitencia, fue total su conversión, y de consiguiente fue completa su reconciliación con Dios.

Sigamos los pasos admirables de este ejemplarísimo proceso:

1.º—«Amó mucho».—Su amor comenzó por ser, ante todo, amor de fiel y presurosa correspondencia a la doble gracia de amor con que Cristo le previno y la llamó a la penitencia de la conversión; una gracia exterior, y una gracia interior; ambas gracias de gran amor por parte de Jesús.

La gracia exterior fue que Magdalena oyese a Jesús, en alguna o varias de sus explicaciones doctrinales, parábolas o discursos; y que al oírle, juntamente le viese ella a Jesús, lleno de benignidad, dulzura y mansedumbre, con la cual no solo recibía con inefable suavidad a los pecadores, sino que los buscaba, los llamaba y los atraía a la conversión; y aún decía de sí mismo que no había venido a curar a los sanos sino a los enfermos; no a llamar a los justos, sino a los pecadores a la conversión a Dios, de manera que dejando su mala vida, siguiesen las enseñanzas y los ejemplos del mismo Jesús, único Camino para la eterna salvación.

Todo esto oyó y vio María Magdalena.

A esta gracia exterior, que se llama así porque, siendo un favor divino, es algo que se ve y que se oye, y con la que en este caso comenzó Jesús a prevenir y llamar amorosamente a la pecadora de Magdala añadió Jesús otra gracia, la interior; o sea una gran inspiración que infundió en el alma de María, y con la cual iluminó su mente y movió suave y eficazmente su voluntad, para que cayese en la cuenta de su mala vida, reconociese avergonzada de sí misma, sus muchos y grandes pecados, se arrepintiese de ellos y se decidiese a buscar el perdón y el remedio para cambiar de vida en Aquel que era el único que le podía perdonar, remediar y salvar.

Y esta gracia interior de divina inspiración, con la que le llamaba Jesús a la penitencia y conversión, no fue vía de temor, amenazándola con castigos, sino por vía de amor, descubriéndole Jesús en lo íntimo del

alma de ella las grandes obligaciones y motivos que tenía de amar mucho más a su Creador, Señor y Salvador, que a sí misma y a las cosas creadas, poniéndole en Él todo su amor, y aún mucho mayor y mejor que el que había puesto en sí misma y en las criaturas.

A esta doble gracia de amor por parte de Jesús, correspondió María Magdalena con un amor, que fue amor de correspondencia a las gracias recibidas, y por lo mismo, amor de obediencia a la voluntad y llamada de Jesús; pues se resolvió a seguir, y sin demora ninguna, al llamamiento que Jesús le hacía. Y ¡ con qué heroica decisión, dadas las circunstancias! Lo que el hijo pródigo de la parábola evangélica dijo, al entrar dentro de sí mismo y reconocer su trágica situación: «Me levantaré e iré a mi Padre...» (Lc., 15,17), diría Magdalena en lo íntimo de su corazón: Me levantaré, e iré al que es mi Señor y mi Dios, mi Salvador y todo mi Bien.

2.º—«Amo mucho»; porque su contrición fue por motivo de amor; un gran dolor que procedía de un grande amor; es decir, un gran dolor de no haber correspondido hasta entonces a la Bondad infinita, al Amor inmenso y a los grandes beneficios de Dios; y de que, en vez de esto, le había respondido con ofensas a su Bondad y Amor, y con ingratitudes a sus beneficios. Y este gran dolor fue efecto de su perfecta contrición, por el gran motivo del amor verdadero.

Y por lo mismo su contrición fue perfecta, por motivo de amor, fue justamente su amor un amor de acercamiento amoroso y confiado a Jesús. Quien mucho ama, quiere acercarse a aquel a quien ama, y estar cerca de él, junto a él. Supo, pues, María que Jesús había sido convidado a comer por un fariseo llamado Simón, y que estaba ya en la mesa del fariseo tomando parte en el convite a que había sido invitado, y sentado a la mesa con los demás comensales. Lo supo, y no dudó de lo que había de hacer. Y como en su interior (según comenta San Gregorio Magno), estaba profundamente avergonzada de sí misma, no tuvo reparo ninguno de pasar en lo exterior por la vergüenza que había de sufrir al presentarse en el convite, y ser objeto de las murmuraciones hirientes y de los desprecios de los que participaban del convite. El amor le llevó a Jesús, y le movió a que, yendo por detrás de Jesús, se echase a sus pies rendida y decididamente. Fue, pues, un amor de acercamiento confiado a Jesús. El amor le dio fortaleza para saltar todas las dificultades.

3.º—«Amó mucho»; pues fue amor de los más delicados obsequios, amor de donación de sus cosas y de sí misma; ya que, puesta a los pies de Jesús, se puso

a regarlos con sus lágrimas; los enjugó con su cabellera; lo estuvo besando repetidamente, y los ungió con un rico y precioso perfume, que llevaba en un vaso o frasco de alabastro.

Y este amor de obsequios y delicadezas fue tanto más grande y meritorio, cuanto que fue un amor de renuncia de las cosas que hasta entonces habían sido instrumentos de su vanidad y de sus pecados. Amor más fuerte que la muerte, pues tuvo fuerza para dar muerte a lo que tan ardientemente vive en las almas de los pobres hijos de Adán; los vicios y las concupiscencias. A todo esto, que tan vivo tenía Magdalena hasta entonces, dio muerte ella con su amor más fuerte que la muerte.

No hace falta decir que aquellas demostraciones amorosas y obsequios delicados y generosos de Magdalena fueron de un amor límpidamente casto y respetuosamente puro, como correspondía al que es la misma Pureza y Santidad; y procedían de un corazón totalmente cambiado por la acción de la gracia del Señor.

Ni tampoco podemos dudar de que María entendió muy bien el intento de Jesús en aquella tan bella y expresiva parábola, con que quiso corregir al fariseo, y defender a la misma María. Oyó ella que Jesús decía al que le había invitado:

«Simón, una palabra tengo que decirte». Y como Simón le respondió: «Maestro, dí». Y Jesús: «Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios; y el otro, cincuenta. Y no teniendo con qué pagarle, les perdonó a ambos la deuda. ¿Cuál de los dos te parece que es razón le ame más?» Respondió Simón: «Pienso que aquel a quien perdonó mayor deuda», ¿quién duda de que María vio claramente que Jesús se refería a ella; y que con esto fueron mucho mayores los aumentos de su amor a Jesús, amor ahora de gratitud por la gran deuda suya condonada.

Todo este amor de María a los pies de Jesús se fundó en una profunda fe y altísima estima de la dignidad de Jesús, como Mesías e Hijo de Dios vivo; como verdadero Hijo de Dios, hecho hombre para la salvación de los hombres; y a quien, por lo mismo que era Dios, pertenecía perdonar los pecados; y creyendo que era Dios, vio con admiración agradecidísima que la recibía a ella tan benignamente; y que sin hablarle palabra, como de hecho no se la habló, la entendía, penetrando en su corazón; sabía muy bien a lo que venía, y lo que ella deseaba de Él y le pedía con sus demostraciones de confiado amor; a saber: el perdón de los pecados y el remedio de toda su vida. Y al ver que Jesús aceptaba complacido los obsequios con ella le manifestaba su dolor y su amor, su mismo mucho amor le infundió una gran confianza y una

plena seguridad en la bondad, clemencia y misericordia de Jesús.

Este amor obsequioso que mostró María a los pies del Señor, fue juntamente amor de satisfacción y de reparación; pues fue amor de servicio rendido; con lo cual quiso sin duda reparar las antiguas ofensas. Todo aquello fue ponerse la Magdalena al servicio completo de Jesús, que es lo propio del verdadero; amor de servicio, amar para servir; servir por motivo de amor.

4.º—«Amó mucho», porque su amor fue de vivísimo agradecimiento; por lo mismo de agradecida correspondencia a lo que Jesús había hecho con ella y en inmenso beneficio de ella; pues bien vio que la mejor manera de agradecer los beneficios del Señor es corresponder a ellos con obras de amor; y así lo hizo ella con la firme resolución de emplear su vida entera en corresponder a Jesús con obras de amoroso servicio. Y con este amor de profundo y práctico agradecimiento, fue el amor de Magdalena un amor de exultante y purísimo gozo, y a la vez de ilimitada confianza y de seguro descanso en su benignísimo Bienhechor; todo lo cual debió llenar su alma, inundándola en celestial consolación, cuando oyó de labios de Jesús sus palabras finales y como de despedida, que dirigió El directamente a ella; y que entendió perfectamente ella tenían este triple y magnífico significado; y eran una sentencia favorable y dichosísima de su plena reconciliación con Dios; eran una aceptación complacida de su perfecta conversión, por su cambio total y radical de vida; y eran juntamente un reconocimiento con la alabanza del mismo Jesús, de que su penitencia era perfecta, pues era por perfecta caridad. Dice así el Evangelio: «Luego dijo Jesús a la mujer: perdona-dos te son tus pecados». Y mientras notaría ella lo que el mismo Evangelio advierte: «y turbáronse los circunstantes de esta palabra, decían dentro de sí: ¿quién es este que perdona los pecados»; oyó ella que de nuevo se dirigía Jesús a ella, y le decía: «Tu fe te ha hecho salva; vete en paz» (Lc., 7, 48-50).

5.º—«Amó mucho»; porque ya entonces, entre los más vivos y puros sentimientos de gratitud, de gozo, de confianza y de descanso en Jesús, por las últimas palabras que acababa de oír de El, fue su amor de entrega sincera y total a la voluntad y beneplácito de Jesús, dejándolo todo para ir en seguimiento de su Señor; como así lo hizo; y para hacerlo mejor, quiso ser ciertamente fidelísima seguidora y servidora de Jesús, pero no a solas, sino al lado y en compañía de María, la Madre de Jesús.

No dice el Evangelio lo que inmediatamente después de lo sucedido en el convite de Simón, el fariseo,

hizo María Magdalena; pero por los relatos de los Evangelistas, y por todo lo que desde entonces fue la vida de Magdalena, según se ve en el mismo Evangelio, bien podemos pensar, que tras recibir el perdón y la paz de Jesús, debió ser ir en derechura, desde los pies de Jesús a echarle en los brazos de la Virgen María, Madre de su Señor y todo su Bien, ofreciéndose a la Virgen como inseparable compañera. Lo cierto es que los Evangelios atestiguan claramente que María Magdalena (de la cual advierten que Jesús había echado antes siete demonios; los siete pecados capitales como entienden los Santos Padres), era una de las santas mujeres que atendían a Jesús en su vida pública, le sostenían con sus haberes, y cuidaban de su sustento, vestido y hospedaje. Fue, pues, el amor de Magdalena un amor por el cual ya no vivió sino para Jesús, pero con María y por María, la Madre de Jesús.

6.º—«Amó mucho»— Finalmente, su amor a Jesús le llevó a participar efectiva e íntimamente en la Pasión y Muerte y en la Resurrección del que era el Señor y Dueño de su vida; con lo cual demostró eficazmente lo mucho que amaba a Jesús; y, a su vez, esta íntima participación en las penas y en las alegrías de Jesús, la unió más con El; y así, su amor fue unitivo y transformante.

Y esto sí que nos lo atestigua explícitamente el Evangelio, pues nos presenta a María Magdalena, al lado de María, Madre de Jesús junto a la Cruz del Redentor, en el Calvario. Lo dice San Juan en el capítulo 10 v. 25. Bien, pues, podemos pensar y decir que, a semejanza de María, la Madre de Jesús, también María Magdalena tomaba tanta parte, tan efectiva e íntima en los tormentos exteriores y en las penas interiores de Jesús, que cuando El sufría en su alma y en su cuerpo, lo sufría María Magdalena en su corazón, del todo identificado con el de su Señor.

Y también el Evangelio nos hace ver cómo María Magdalena fue la más solícita y diligente en honrar el cuerpo difunto del Salvador en el sepulcro; y con qué pruebas de singular y delicadísima complacencia se le apareció Jesús a ella, en la mañana de la Resurrección, y aún antes que a los Apóstoles. Mas aún, con el amoroso encargo que le confió, la constituyó en la primera evangelista de su Resurrección para con los mismos Apóstoles.

Esta aparición de Jesús resucitado a María Magdalena nos hace ver de la manera más clara y emocionante, que el amor unitivo y transformante de la Magdalena a Jesús la había identificado plenamente con El; era un amor de identificación de pensamientos,

(Pasa a la pág. 81)

# Esperanza y reconciliación

NARCISO TORRES RIERA

La Esperanza divina nos promete un doble don, por tener un sentido doblemente efectivo. Por un lado la promesa de que veremos «a Dios cara a cara», veremos la Verdad tal cual es, lo cual es el fin último del hombre, es decir, la Beatitud, hacia la cual está nuestra voluntad por necesidad determinada (permaneciendo empero indeterminada respecto a los medios para conseguirla). Por otro lado la promesa de que pese al diablo Cristo reinará y «las fuerzas del mal» serán totalmente anuladas por Dios.

El convencimiento de que al final la cizaña será quemada cobra hoy por nuestras terribles tribulaciones inmenso relieve en el Año Santo (a causa de extrañas y corrompidas paradojas), año de paz y reconciliación con Dios. Nuestra fe nos exige a gritos que nos mantengamos fieles en esta esperanza: que la corrupción y la podredumbre será barrida totalmente por el viento poderosísimo de la Gracia de Dios.

Pese a las apariencias, pésimas consecuencias y fines incumplidos tendrán quienes en la obscuridad de las tinieblas pactan secretamente con Lucifer para atesorar bienes en este mundo. ¡Insensatos! Jamás la fortuna, la paz, la tranquilidad, el sosiego, el honor y la amistad han sido propicios a quienes maquinan tales actos.

Cristo nos dice que veremos «a muchos lobos vestidos de cordero», pero que «por sus frutos los conoceréis». Por tanto tenemos el deber inexcusable de co-

nocer bien y a fondo los frutos de los hombres, para de esta forma distinguir con propiedad y criterio quién es lobo y quién es cordero, porque es justo que quien es lobo muera como tal y quien es cordero sea reconocido como tal.

Reconciliarse con Dios es también reunirse en la fe de Cristo, en la fe de nuestros padres y dar por ella hasta la última gota de nuestra sangre, porque nosotros no tenemos sino lo que El nos ha dado y todo se lo debemos a El. Como hijos suyos predilectos debemos rechazar al «príncipe de este mundo» y denunciar sus artimañas en cualquier parte que éstas se presenten.

Como dice S. Agustín: «ama y haz lo que quieras», es decir, que cualquier acto de nuestra vida esté hecho con amor, pero no por amor al mundo en cuanto que mundo, sino que por amor a Dios amemos en cada segundo de nuestra existencia todo cuanto nos rodea.

Es inadmisibleser cristiano de día y ateo de noche. Nuestra fe nos exige el sometimiento total de nuestra persona a la voluntad de Dios, reconociéndonos pecadores, debiendo por ello hacer todos los actos posibles de reparación por nuestros pecados y por los pecados que en el mundo se cometen. Nuestra pobre razón permitida por Dios necesita con avidez hoy más que nunca de la Palabra de Dios para iluminar el camino de nuestra vida.



# LAS REVELACIONES DE PARAY - LE - MONIAL Y SU CENTENARIO

JUAN M. IGARTUA, S. J.

Tenemos, por divina Providencia, una notable coincidencia en este Año Santo de 1975: cumple un doble Jubileo, por una parte el del Año Santo que cada veinticinco años conduce a Roma los peregrinos del mundo entero, y por otro el del tercer centenario de las grandes revelaciones hechas por el Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque en 1675 en Paray-le-Monial. Esta doble coincidencia da al centenario de Paray un valor sensiblemente acrecido, ya que el relieve singular romano del Año Santo comunica mayor luz a toda conmemoración en el Vaticano, en que participe el Sumo Pontífice. Y aunque aún no sabemos ningún dato concreto de tal próxima participación, pero podemos lógicamente suponer que se dará de hecho. El Congreso conmemorativo del centenario, celebrado en 1974 en Paray, en una de sus conclusiones ha solicitado que se pida al Sumo Pontífice la publicación de un documento sobre el Sagrado Corazón, semejante al de la Virgen María «*Marialis Cultus*». Y habiendo participado aun Cardenales y representantes de la Curia Romana, parece que tal petición tendrá algún efecto.

Recordemos brevemente las principales apariciones que ahora se conmemoran. Los hechos singulares de la vida de Santa Margarita María se verificaron entre los años 1671, fecha de su entrada en el Noviciado, y el año de su muerte. 1690. Desde el Noviciado comenzó el Señor a declarar su voluntad de poseer aquella totalmente como suya en exclusiva, para bien de la Iglesia. Y ante las dificultades y temores de su Superiora, siendo ella novicia, para admitir aquel espíritu extraordinario que la movía con manifestaciones especiales de Jesucristo, lleno de amor, respondió el Señor a la petición de la M. Saumaise, que exigía a la novicia que pida, «que le haga el Señor útil a la Religión», de la siguiente manera: «Muy a gusto concedo todo eso, te haré más útil a la religión de lo que piensan... pero me reservo tu dirección interior, y tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi puro amor, jamás lo cederé a nadie».

En este corazón así poseído empezó el Señor a actuar con fuerza extraordinaria. Las cuatro principales

manifestaciones de la voluntad de Jesucristo sobre su Iglesia, en relación con la devoción y culto al Sagrado Corazón que en su pecho mostraba, tuvieron lugar en los años 1673-1675. En la fiesta de San Juan Evangelista, 27 de diciembre, del año 1673, por primera vez el señor le hace conocer este proyecto extraordinario, diciendo: «Mí divino Corazón está apasionado de amor hacia los hombres, que no pudiendo contener las llamas de su ardiente caridad, quiere por tu medio derramarlas sobre ellos para enriquecerlos con sus preciosos dones». Durante el año 1674, se le manifiesta el Señor, mostrándole su Corazón con las conocidas insignias de la Pasión, indicadoras de sus sufrimientos de amor por los hombres: la herida, una simbólica corona de espinas que lo ciñe, y una cruz que lo remata entre llamas ardientes que simbolizan el amor. En ese mismo año le habla de la reparación por las ingratitudes que recibía de los hombres, en triste correspondencia a su amor generoso, y le señala el camino de la Hora Santa y sobre todo de la Comunión para reparar la falta de amor. Están puestos ya los elementos necesarios para la última y gran revelación.

Esta tuvo lugar en el mes de junio de 1675, en la octava de Corpus Christi, y es la que coincide en su centenario con este Año Santo de gracia de 1975. Fue la de suprema importancia, porque en ella se manifestó la voluntad de Jesucristo respecto a su Iglesia, y una petición concreta a ella: que instituya en su liturgia católica una fiesta destinada a celebrar el misterio del amor de Dios, no agradecido por los hombres, la fiesta del Sagrado Corazón. Sucedió una cosa extraordinaria. La Iglesia, que tiene su liturgia llena de misterios del Señor, sacados todos del Evangelio, aunque tardó en responder plenamente a esta voluntad y petición de Jesucristo por medio de la santa religiosa desconocida entonces, sin embargo al fin aceptó su mensaje como válido, e instituyó la fiesta litúrgica pedida. Ello indica que la Iglesia había reconocido la voz de Dios en el carisma de la Santa, y que juzgaba que el contenido de la fiesta pedida respondía exactamente a la doctrina revelada y era de gran interés para la misma Iglesia.

Es por tanto un centenario de importancia eclesial. En su celebración, dentro del Año Santo, la Iglesia encarga a nuestras oraciones que se recoja realmente el fruto pretendido por el mismo Señor. Este fruto va

enteramente de acuerdo con el fin del Año Santo, y por eso el refloramiento de esta hermosa devoción es de grande importancia para la Iglesia. Veamos cuál es ese fruto.

## La intención del Señor es la revelación del culto al Sagrado Corazón

La llamada por eso «Gran Revelación» del Corazón de Jesús, cuyo centenario se celebra ahora, se produjo ante el sagrario de Paray, en relación con la Eucaristía, y con estas palabras de Jesús, que ya había preparado a la mensajera para su misión: «He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento, de la mayor parte, sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por su frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan». Como petición concreta pide entonces la instauración de la Fiesta el viernes tras la Octava del Corpus, petición que constituye en rigor lo más concreto de la petición a la Iglesia, y que ésta atenderá primero por el Papa Clemente XIII en 1765, como fiesta peculiar para la Iglesia de Polonia, algo más tarde para Portugal por Pío VI en 1778, y finalmente por Pío IX en 1856 para la Iglesia Universal como fiesta litúrgica.

A esta petición dirigida a través de Santa Margarita María a la misma Iglesia, y que ella procuró con todo su esfuerzo promover, por medio del Beato Claudio de la Colombière y del P. Croiset y otros jesuitas, que comenzaron a escribir sobre la devoción, debemos sin duda añadir como intención del Señor la que se desprende de las mismas palabras de su petición, y que muestra su enorme actualidad hoy. Porque el Señor pide esta fiesta como medio para instaurar en la Iglesia esta devoción y este culto, por los grandes beneficios que de él derivarán a la misma Iglesia. Su actualidad proviene de que el ingente esfuerzo del amor de Jesús hacia los hombres no ha sido comprendido ni correspondido por ellos en la medida deseada y justa. Y que en esta ingratitud tienen parte especial los corazones consagrados especialmente a El, es decir, los sacerdotes y los religiosos, y todo ello en el conmovedor aspecto de la veneración a la Eucaristía. ¿No es éste, el de la grande crisis sacerdotal y religiosa en la Iglesia, y el de la frialdad que parece en algu-

nos corazones aún no consagrados, crecer día a día hacia el amor manifestando en el Sacramento admirable? Parece que se oyera de nuevo el reproche que el Señor hizo a sus Apóstoles en la hora del grave escándalo general, cuando anunció precisamente la Eucaristía, el más grande esfuerzo de su amor redentor para extender sus frutos de amor al universo: «Dura es esta palabra —decían varios murmuradores— de comer su Cuerpo y beber su Sangre. ¿Quién la podrá soportar?». Y la queja del Señor, porque un apóstol, el traidor Judas había sido ganado por la frialdad ante la promesa, llegó al colegio apostólico: «¿También vosotros queréis irnos?». La generosa respuesta de Pedro, como hoy por el Papa Pablo VI, nos hace de nuevo estremecernos: «¿Y a dónde iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6,60-72). La palabra dramática se produce, dejando en suspenso el aliento del que piensa: «¿Y a dónde iremos?». Sería la tremenda soledad y orfandad de la presencia de Jesús y Dios con El. La fría secularización, hacia la cual marchan por desgracia bastantes en la ciudad moderna, como en la salida hacia las tinieblas exteriores en el cenáculo, cuando «era de noche».

Tras esta intención de Jesús, manifestada en las palabras de su revelación a la Santa hay todavía más. Hay un proyecto maravilloso de santificación y de fuego. «Fuego he venido a traer, ¿qué he de querer sino que arda?», dice de nuevo Jesús (Lc. 12,49). Así dice de su proyecto del culto al Corazón sagrado, y su finalidad directa de las almas: «Su deseo —dice Santa Margarita— es con el fin de renovar en las almas los efectos de su Redención, haciendo que su Sagrado Corazón sea como un segundo Mediador entre Dios y los hombres». Estas palabras de la Santa se han de entender obviamente de un efecto renovado de la misma redención única, ya que al que llama «como un segundo Mediador, diciendo Pablo que no hay sino uno (1 Tim. 2,5), es el mismo Jesucristo. Mediador único, que presenta su corazón abierto para derramar con nueva largueza los efectos de su Redención con gracias más copiosas por este medio. He ahí, pues, el grandioso designio del Señor en esta revelación de su Corazón.

## El Sagrado Corazón en la perspectiva del Año Santo

El Año Santo ha sido definido por el Papa Pablo VI como el tiempo de la renovación y de la reconciliación más copiosa con Dios, y en él de los hombres entre sí. Ahora bien, para este fin primordial del Año Santo, que abre la Puerta Santa en Navidad como entrada a millones de peregrinos en la Roma eclesial, no puede encontrarse medio más apto que el culto del Sagrado Corazón que el Señor mismo dio para esos fines. Fin de renovación espiritual. Dice la Santa de Paray sobre ello: «No será necesario otro medio para restablecer el fervor y la más exacta regularidad en las Comunidades menos observantes... En cuanto a las personas seglares encontrarán en su estado por medio de esta amable devoción cuantos socorros necesitan, es decir, paz en sus familias, alivio en sus trabajos, bendiciones del cielo, consuelo en sus tristezas». Respecto al fin de la reconciliación, tan fundamental para el mundo actual, el Corazón de Jesús es el modelo y el medio, por sus méritos reparadores, para reconciliarnos con el Padre en una reparación de justicia violada

por el pecado. Y es la fuente y el modelo de la mutua caridad entre los hombres, que Él enseña y muestra en su Corazón abierto por todos.

Así, hasta se puede uno preguntar: ¿no será la crisis actual de la Iglesia y del mundo, un penoso efecto del abandono en muchos sacerdotes y fieles, con mayor responsabilidad de los primeros, de la fe en el Corazón de Cristo, y de la práctica de su devoción, que abre la fuente de sus gracias con nueva abundancia? Procuremos nosotros hacer nuestra parte en la restauración de la fuente de la misericordia. Y pidamos al mismo Sagrado Corazón que ilumine claramente a los que ocupan sus veces para que nos abran con generosa luz de Dios la fuente de tantos bienes con claridad. Que como Juan Bautista un día, de nuevo nos señalen a este divino Cordero inmolado por amor, y nos digan con voz profética en la Iglesia: «He aquí el Cordero de Dios el que quita los pecados del mundo, el que renueva la vida de la Iglesia».

## EL GRAN MODELO DE CONVERSION POR LA MAS PERFECTA PENITENCIA

*(viene de la pág. 77)*

afectos, sentimientos e ideales. María Magdalena no vivía sino para Jesús, pues ya no era ella la que vivía, sino que Jesús vivía en ella.

Nos ha dejado Cristo Nuestro Señor en su Evangelio, todo este relato de la conversión de María Magdalena, y aún de sus posteriores consecuencias, para nuestra instrucción y ejemplo; para que lo conozcamos y lo imitemos; y juntamente para inspirarnos la más firme confianza en la inmensa Bondad y Misericordia; pues en toda esta historia vemos como, aún

siendo nosotros pecadores, pero sí llamados por Cristo a la penitencia, oímos su voz y seguimos su llamamiento, podemos esperar, contando con su gracia, a que nuestra penitencia sea perfecta, al ser movida por el amor verdadero de caridad; con lo cual podemos confiar que será verdadera nuestra conversión de corazón a Dios; cambio total y radical de vida; y consiguientemente será plena y dichosísima nuestra reconciliación con Dios y con los hermanos.

Siempre así; pero más en el Año Santo de la Reconciliación.

# El Congreso de Paray-Le-Monial-París, sobre el culto al Sagrado Corazón

José M.<sup>a</sup> Ordoñez, M. S. C.

Del 13 al 19 de septiembre de 1974 tuvo lugar en Paray-le-Monial (París), un Congreso sobre «El culto del Corazón de Jesús en la vida sacerdotal y en las exigencias pastorales de nuestro tiempo».

Un Congreso sobre el Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos que corremos, en las coyunturas actuales de la Iglesia de Dios, en un mundo totalmente secularizado, en el que la técnica, el confort, el edonismo desbocado se han convertido en los dioses de la pobre humanidad, no ha podido menos de causar extrañeza.

¡Cuántas almas incluso católicas se habrán sonreído y habrán exclamado: «¿Un Congreso sobre el Sagrado Corazón?, ¡aún hay quien cree en eso! ¿No es algo totalmente desfasado? ¿El culto al Sagrado Corazón no es por ventura algo totalmente inútil, algo perteneciente a un pasado, felizmente superado?»

A los que así piensan no podemos menos de responderles: No; el culto, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no es algo desfasado; no ha muerto en la Iglesia del Señor. No puede morir, porque es la «quinta esencia del Evangelio». Ciertamente tenemos que reconocer que este culto, esta devoción, se ha eclipsado en muchas almas, pero no ha muerto ni puede morir. ¿Cómo puede morir «esta devoción en la que está contenido el compendio de toda la religión y hasta la forma de vida más perfecta»? (Pío XI) ¿Cómo puede estar «desfasado» el culto del Sagrado Corazón de Jesús cuando la Iglesia lo ha considerado solamente en la práctica «como la profesión más completa de la religión cristiana»? (Pío XII), y anhela esta misma Iglesia que «en adelante florezca cada día más y se estime por todos como excelente y segura forma de genuina piedad? (Pablo VI). ¿«Desfasado» el culto del Sagrado Corazón de Jesús, cuando el Santo Padre actualmente reinante, escribe a los Superiores generales de los Institutos especialmente vinculados por fun-

dación al culto del Sagrado Corazón: «Creemos que este es nuestro deber y nuestro trabajo peculiar; que puesto que libremente habéis seguido esta divina vocación, difundáis cada vez con más ardor este amor al Santísimo Corazón de Jesús y, de palabra y con el ejemplo mostréis a todos, que aquí es donde han de recibir la inspiración y la mayor eficacia tanto para la deseada renovación interior y moral, como para la mayor vitalidad de las Instituciones de la Iglesia»? (Paulo VI).

Así piensan aquellos que por disposición divina han sido puestos y constituidos guardianes y dispensadores del tesoro de la fe y de la religión, que el divino Redentor ha entregado a la Iglesia. Así enseñan y amonestan a todos los hijos de la Iglesia en especial a aquellos que abrigan prejuicios para con el Culto del Sagrado Corazón de Jesús y llegan hasta reputarlo menos adaptado por no decir nocivo, a las necesidades espirituales más urgentes de la Iglesia y de la humanidad. El Magisterio ha llegado a lamentar que existan católicos que confundan y equiparen este culto con las diversas formas de devoción, que la Iglesia aprueba y favorece, pero que no prescribe, teniéndola como una añadidura que cada uno puede practicar a voluntad.

Si ésta es la enseñanza de la Iglesia en documentos solemnísimos, puede colegirse la gravedad del pecado de los que no la escuchan y desprecian tan excelsa devoción. Gran pecado de desobediencia, porque escrito está: «quien a vosotros oye a Mi me oye, quien a vosotros desprecia a Mi desprecia», al par que infieren injuria al Señor, al despreciar como cosa inútil, lo que ha sido una dádiva excelsa concedida al mundo por la divina misericordia.

¿Hemos de extrañarnos de las graves consecuencias que de ello se han derivado para la vida de la Iglesia, para la santidad de las almas, y para la efi-

cacia del apostolado? ¿Tendríamos que contemplar tanta decadencia espiritual, tanto indiferentismo, tanta pérdida de la fe, tantos abandonos y tantas apostasías como están sucediendo en nuestro derredor? ¿nos sería nuestro apostolado mas fecundo? ¿Estarían nuestros seminarios tan vacíos, los Institutos religiosos tan decaídos, si la devoción del Sagrado Corazón de Jesús no hubiese sido abandonada, como por desgracia lo ha sido en grandes sectores de la Iglesia? La irreligión y la desobediencia a eso han conducido, y el remedio de tan graves males solo podrán lograrse con la vuelta decidida y valiente a las enseñanzas y normas del Magisterio.

### Ocasión del Congreso

La ocasión del Congreso la brindó el celebrarse por estas fechas el tricentenario de las revelaciones, de las «grandes revelaciones» del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque en Paray-le-Monial. Estas grandes revelaciones fueron cuatro y tuvieron lugar entre 1673 y 1675. No faltaban almas amantes del divino Corazón de Jesús, que, al recordar tan memorables fechas se preguntaban: ¿Será posible que el tricentenario de las grandes apariciones de Paray-le-Monial pase desapercibido en la Iglesia de Dios? El Señor velaba por su Iglesia en el tricentenario de estas fechas. En un mundo dominado por el naturalismo, negador de lo sobrenatural, que ejerce su nefasta influencia en la misma Iglesia, almas fervorosas, profundamente sacerdotales, amantes del Corazón de Jesús, inspiradas por el Espíritu, alentadas por el Supremo Pastor, preparaban en el silencio, con la oración, con la acción y el sufrimiento, la celebración de este Congreso, que no puede dudarse habrá de ser muy fructífero para la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, para la Iglesia, para los sacerdotes, para las almas consagradas y para todos los fieles en general.

### Tema del Congreso

El tema escogido para el Congreso es de una actualidad extraordinaria. Los organizadores estuvieron de verdad inspirados en la elección y el Santo Padre lo aceptó desde el primer momento y lo bendijo con toda el alma: «La devoción y el culto del Sagrado Corazón de Jesús en la vida Sacerdotal y en las exigencias pastorales de nuestro tiempo». Como se puede ver, el tema apuntaba a objetivos de vital importancia en la vida de la Iglesia, y ponía el dedo en llagas muy

dolorosas por cierto abiertas en el cuerpo místico de Cristo, ¿puede la devoción y el culto al Sagrado Corazón tener eficacia santificadora en la vida de los sacerdotes? ¿Puede esta divina devoción ser útil y eficaz en la pastoral de nuestro tiempo?

A la vista de tantos sacerdotes infieles a su vocación y a sus juramentos, uno no puede menos de inquirir la causa de esta infidelidad. ¿Se puede ser infiel al Señor, con un corazón que vibra de amor por el Señor? Ahora bien, la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, ¿qué nos enseña, que nos muestra y a que se ordena?

### El gran Maestro del Congreso

Bien puede decirse que el gran Maestro del Congreso fue el mismo Sagrado Corazón; El nos habló por boca de los preladados, cardenales y obispos que nos adoctrinaron en sus doctas ponencias, y hasta por la boca de doctos seglares, fervorosos discípulos del Señor, amantes encendidos de nuestra devoción. Pero El, el mismo divino Corazón, el que un día habló a Santa Margarita María, habló misteriosamente a las almas en aquella capilla de las apariciones. Bien puede decirse que fue El, el gran Maestro del Congreso. La célebre capilla, el altar mayor, colocado delante del tabernáculo, el altar lateral donde descansan los restos de la Santa constituyeron el centro de atracción de todos los congresistas, fueron como un imán misterioso para las almas ¡cuántas horas se pasaron en aquel lugar santo! El tiempo libre que permitían los trabajos del Congreso, numerosos y fatigosos, se consumía en aquella capilla. Desde la mañana bien temprano, aquel lugar se veía concurridísimo para la celebración del Santo Sacrificio y por la noche las visitas se prolongaban hasta las primeras horas de la mañana y no faltaron grupos de sacerdotes que pasaron toda la noche ante el Santísimo Sacramento en el sagrario. Todos estábamos autorizados para confesar y ¡cuántas confesiones se realizaron después de los largos ratos de adoración!

La celebración de la Santa Misa se hacía difícil. Tantos eran los que querían celebrar en el altar mayor o en el altar donde yace el cuerpo de la Santa. Pude celebrar una vez solo en dicho altar y otras dos veces concelebrando. Y dos veces tuve el gozo de celebrar solo en el altar de la Santa. Había que usar de astucia para poder satisfacer los deseos de celebrar solo. Hubo días que se celebró durante casi todo el día: los cuatro altares existentes no daban abasto. Las religiosas sacristanas al final del Congreso estaban rendidas. No pudieron abandonar la sacristía sino para

comer. El fervor de algunos celebrantes causaba admiración. Vimos preladados y sacerdotes celebrando derramando lágrimas. Era el mismo Sagrado Corazón el que allí ilustraba las almas y tocaba los corazones. Un sacerdote belga, párroco en Bruselas exclamaba entusiasmado: «Siempre fui devoto amante del Sagrado Corazón de Jesús desde los días ya lejanos de mi vida de seminarista, pero en estos días tan felices, el Señor en esta capilla de las apariciones me ha hecho sentir esta devoción de tal manera, que parece que hasta ahora no la he conocido».

El Congreso fue para muchos una profunda renovación espiritual y para todos una fuente de gracias extraordinarias.

### Los asistentes al Congreso

A pesar de todas las dificultades, que fueron muchas, suscitadas por el «príncipe de este mundo», que cuenta con tantos colaboradores conscientes unos, inconscientes otros, hasta dentro de la misma Iglesia, la asistencia no dejó de ser consoladora. Se calcula que asistieron de 400 a 450 Sacerdotes, unos 40 Obispos y 10 Cardenales. La celebración del Congreso fue comunicada, en tiempo oportuno, a todas las Conferencias episcopales, y a casi todos los Obispos de la Iglesia, según nos comunicaron los organizadores del Congreso. Hubo indiferencia a la llamada. Hubo «sordera» a la invitación. Los medios de comunicación casi permanecieron totalmente mudos en ciertos lugares. Seglares asistieron relativamente pocos. Los mas numerosos fueron los inválidos, los enfermos escogidos para trabajar con su cruz por el feliz éxito del Congreso, fueron también los elegidos para gustar el sabroso manjar de verdad divina, que en tanta abundancia prodigó el Señor en la asamblea reunida en Paray. Una vez mas se cumplía la palabra del Señor: «colmó de bienes a los pobres, a los humildes y a los hambrientos, y a los ricos, a los «sabios», los dejó con las manos vacías».

La mayoría de los asistentes correspondió a Italia. De las otras naciones la asistencia fue escasa y de algunas nulas o casi nula. Extrañó grandemente la poca asistencia francesa. En París pudimos enterarnos de boca de dignísimos sacerdotes, muy amantes de la devoción, que no se habían enterado de la celebración del Congreso. Así habían funcionado los medios de propaganda de la Conferencia Episcopal francesa y de los propios obispados. Se intentó justificar la ignorancia de la celebración del Congreso, alegando que no se había recibido ninguna comunicación. Mon. Nova-

rese tan fino y tan amable supo responder con fortaleza y caridad, poniendo las cosas en su sitio.

### Las ponencias del Congreso

No hubo tiempo para practicar el turismo, a las ocho y media de la mañana los congresistas debían estar en el salón-teatro anejo a la Basílica del Sagrado Corazón de Paray, antiguo templo construido a principios del siglo XII por Cluny. La Congregación cluniacense, a fines del siglo X en tiempos de San Mayolo, uno de los abades de la gran abadía había construido en Paray-le-Monial un priorato. Con el tiempo el priorato se convirtió en abadía de segundo orden y a aquel lugar venían los abades de Cluny en busca de reposo. El paraje bello y apacible estaba emplazado en el antiguo condado de Charolais, cuyo origen se remontaba a los primeros Capetos y no estaba lejos de Charoles capital del condado. Con el tiempo, Paray-le-Monial pasó a ser dominio de Cluny hasta la gran Revolución. El terreno de la antigua abadía aún conserva gran parte de su cerca, junto a la hoy basílica del Sagrado Corazón, puro románico borgoñón, en medio de un bello parque está el teatro, donde tuvieron lugar las ponencias. Cardenales y Obispos, sacerdotes y seglares allí se daban cita desde buena hora de la mañana. Los actos empezaron el día 14 por la mañana, sábado. Las mañanas estaban consagradas a las ponencias; las tardes a las «tablas redondas» donde se dialogaba y se discutían cuestiones presentadas por la dirección del Congreso, reuniéndose después en el citado teatro para comunicar las resoluciones dadas a las cuestiones propuestas.

Los actos empezaban con la recitación de los Laudes del día en latín. A continuación los adoradores leían sus ponencias. La instalación de auriculares traductores funcionó a la perfección.

La primera ponencia fue pronunciada por el Cardenal Eugenio Arango Sales, arzobispo de Río de Janeiro, «Nihil volitum quin pracognitum». Este era su título: «No se puede amar y practicar la devoción del Sagrado Corazón si no se la conoce». De ahí procede la crisis de la devoción. Es en la escuela del Sagrado Corazón donde aprendemos a amar al Señor y a nuestros hermanos como El nos amó. Fue pronunciada en portugués.

Serían las once de la mañana cuando tomó la palabra el Cardenal Germann Volk obispo de Mains en Alemania. Su ponencia llevaba por título: «Teología del Sagrado Corazón». Reconoció los sentidos de corazón en la palabra, en la biblia, y en la teología y demostró la legitimidad del culto del Sagrado Corazón

en la Iglesia. A juicio de todos fue una de las piezas cumbres del Congreso.

Habló también el Cardenal Conrado Urti, Arzobispo de Nápoles. Su ponencia se titulaba: «El Corazón de Jesús y el Corazón de María», fue la última pronunciada en Paray-le-Monial. Una ponencia de esta naturaleza no podía faltar en este Congreso. Fue un verdadero estudio Teológico de lo que son el Corazón de Jesús y el Corazón de María, de las relaciones mutuas entre estos dos Corazones y de las relaciones entre estas dos devociones. Si María es inseparable de Jesús, el Corazón de María es inseparable del Corazón de Jesús. Fueron estas relaciones las que fueron puestas de relieve, con gran acopio de razones «fundadas» en la Escritura, en el testimonio de los Padres y del Magisterio de la Iglesia. La presencia de María en el Calvario, «compadeciendo» con Cristo, colaborando con El en la obra redentora, atravesada su alma por la espada de dolor y abierto el Corazón de Jesús por el golpe de la lanza, hace ver la perfecta unión de aquellos dos Corazones, en la obra de la salvación, que continúan inseparables en la vida de la Iglesia, y que debe estar inseparable en el culto y la devoción de los cristianos. Fue una ponencia sabia, teológica, que exigía esfuerzo para seguir el discurso. A continuación se levantó la sesión para concelebrar en la Basílica del Sagrado Corazón. Las reuniones en aquel salón-teatro habían terminado. Las ponencias siguientes quedaban para París.

### Las tardes del Congreso en Paray-le-Monial

No hay que creer que las tardes del Congreso quedaban a la libre disposición de los congresistas. Paray se presenta a magníficas excursiones turísticas. Está en la antigua Borgoña, región bella por su naturaleza y por las magníficas obras de arte que atesora. Cluny está a 39 kilómetros, una de las cunas del románico, y para los espíritus «abiertos» y progresistas a unos sesenta kilómetros se halla «moderno Cluny» que tanto atrae a las juventudes: Me refiero a Taize; ¡cuántos durante el Congreso sintieron la tentación de Taize! No faltaron algunos, pocos, los que no resistieron la tentación de la curiosidad por ver siquiera esta nueva «Meca» de la renovación de la Iglesia. Se me brindó la ocasión de ir allá. La rechacé casi con indignación. «El gran lugar de la renovación por la que suspira la Iglesia está, aquí, en Paray», fue mi respuesta. Alguien me dijo: «Vd. es español». ¿Acaso la devoción al Sagrado Corazón revelada en Paray, no ha sido en los planes de Dios, un remedio dado a la Iglesia por la misericordia del Señor, para salvarla

y defenderla de los grandes males en los que había de enfrentarse en los últimos tiempos?

Las tardes estaban consagradas a un trabajo eminentemente práctico por parte de los congresistas. Reunidos en grupos por lenguas, en el parque adjunto al local donde tenían lugar los actos de la mañana, se constituían verdaderas «tablas» redondas en las que se ponían a examen las preguntas presentadas por la Dirección del Congreso.

### Las «Horas Santas»

No podían faltar las «Horas Santas» en un Congreso sobre el Corazón de Jesús y que además se celebraba en Paray-le-Monial, donde nació esta práctica, perdida por el mismo Señor a Santa Margarita María. Fue una idea feliz de los organizadores quienes demostraron tener un verdadero sentido de la devoción. Constituyó un homenaje al mismo tiempo a la Santa. Fue también una respuesta al naturalismo al que repugna vivamente esta práctica, intentando justificar su actitud con las más especiosas razones, cuando en realidad la única verdadera no es más que la «caro», la carne en sentido naulino, las repugnancias de la naturaleza que se subleva y resiste a las exigencias del espíritu.

Se celebraron tres ejercicios de Hora Santa, de nueve y media a diez y media de la noche, los días 14, 15 y 16. La del primer día fue para los italianos. La capilla resultó muy pequeña para contener a los miembros del gran grupo italiano y cuando empezó la función la gente se apretaba en tal forma que no cabía.

El día 15 tuvo lugar la Hora Santa para los de habla inglesa. Como no había Hora Santa para los alemanes y se trataba únicamente de sacerdotes, se reunieron en el presbiterio unos sacerdotes acompañados de algunos prelados. Fue una Hora Santa íntima, en rudo contraste con la del ideal anterior. Colocados en dos filas a los lados del presbiterio, se expuso el Señor con el canto del Pagne Lingua. Causaba impresión contemplar aquella buena cuarentena de ministros arrodillados en una actitud profunda de adoración.

El mismo día 16 tuvo lugar la Hora Santa para los de lengua española. Estábamos presididos por el Cardenal Prímado (1). Asistían tres obispos hispano-americanos y todos sacerdotes de habla hispánica que allí se encontraban. La «Hora» se hizo en la forma moderna, es decir, alternando lecturas bíblicas con un breve comentario del Prelado, con los correspondientes silencios.

El día 17 no hubo «Hora Santa». Se partió hacia París.

# EL CONGRESO EN PARÍS

A las 3 de la tarde del día 17, emprendíamos el viaje hacia París. El día 18 tuvieron lugar las últimas ponencias presididas por el Cardenal Wright en el salón del hotel. La primera fue pronunciada en inglés por el Cardenal Thomas B. Cooray, arzobispo de Colombo. El tema era «El Sagrado Corazón fuente de vida y santidad». El conocimiento doctrinal del Corazón de Jesús y sobre todo el adquirido en la oración y contemplación, acompañado de la práctica de la devoción al Corazón de Jesús hacen de este culto un medio eficazísimo de santidad. Hizo resaltar que esto ha sido muy olvidado. La devoción no debe solo consistir en el ejercicio de ciertas prácticas; hay que lograr que se convierta en una verdadera espiritualidad.

Por último tuvimos la suerte de oír a un seglar, el Dr. Jean Robert Argomathe, profesor de universidad. El título de su trabajo fue «Un siglo de culto al Sagrado Corazón». Tenía un carácter histórico. Hizo un recorrido desde mediados del siglo pasado hasta el pontificado de Pío XII. Este joven profesor, con su barba al estilo de nuestros jóvenes, pero sin melena, habló en forma admirable; nos abrió su corazón manifestando el amor que siente por el Corazón de Cristo». La devoción, dijo, que nos presenta al Señor en su realidad más auténtica, es precisamente la del Sagrado Corazón». La juventud está llena de prejuicios en torno a ella. Pero cuando se les habla con paciencia y caridad y se les da testimonio vivo de la práctica de este culto, los jóvenes acaban por aceptarla y vivirla con generosidad. Un joven en una ocasión le decía: «Esta devoción que consideraba noña, propia de almas femeninas, veo que es una devoción propia de almas heroicas». Es así como en la Universidad, decía, tan corrompida en el orden de las ideas y de las costumbres, no faltan grupos estudiantiles que la están viviendo con todas sus exigencias. Hay que trabajar sin descanso para que «El reino».

## Las tinieblas frente a la luz

Tras la solemne concelebración en Montmartre y la concelebración en la pequeña iglesia de la Medalla Milagrosa. El Congreso tocaba ya a su fin. A pesar de todo hay que decir que «el príncipe de este mundo» actuó sin descanso para impedir la celebración del Congreso y ya que no pudo lograr este objetivo, sin embargo consiguió de alguna forma restarle importancia, logrando que la asistencia no fuera lo que hubiera tenido que ser. Y dijo San Gregorio Magno: «El demonio es la cabeza de todos los hombres inicuos y todos los hombres impíos son miembros de esta cabeza». Cuenta hoy Satanás con buenos colaboradores hasta dentro de la misma Iglesia. El mismo P. Ramière en su admirable obra «El Reinado Social de Jesucristo» no duda en escribir: «El primer enemigo es Satanás».

A pesar de que los organizadores del Congreso enviaron la notificación de su celebración a todas las Conferencias Episcopales de la Iglesia y a casi todos los Obispos del mundo, la respuesta se quedó corta. Incluso no faltaron Presidentes de alguna Conferencia Episcopal que fueron invitados de viva voz... Pues bien ¿cómo respondieron a esta invitación los medios de comunicación de la mayoría de estas Conferencias? En los últimos días del Congreso acudieron al hotel en donde estábamos reunidos sacerdotes franceses dignísimos, bien conocidos en España, y oímos de sus labios que se habían enterado a última hora, cuando el Congreso estaba en París ¿cómo se puede explicar ésto?

Y hablando de España ¿qué propaganda se hizo? ¿qué exhortaciones recibimos? Un pequeño anuncio perdido entre otros en alguna revista. España la del Santuario Nacional de Valladolid, tan relacionado con Paray-le-Monial en sus historias, España la del Cerro de los Angeles, la del Templo Expiatorio del Tibidabo, no estuvo a la altura por su asistencia a lo que podía esperarse de ella. No queremos ahondar más en el asunto, la razón está en el fondo de las almas.

# El apostolado de la oración

*"La espiritualidad del Apostolado de la Oración está en consonancia con las orientaciones de la Iglesia; y sus elementos organizativos son tan flexibles; que ha resultado ser una de las Asociaciones religiosas que mejor está superando las actuales dificultades". Así se expresa el P. Jesús Solano, Director del Secretariado General del Apostolado de la Oración, en Roma. Y juntamente nos facilita algunos datos recientes, muy consoladores.*

*Del Canadá inglés escribía en enero de 1974 el Director Nacional: "Se está mostrando nuevo interés por la devoción al Sagrado Corazón... Aumentan las suscripciones al Mensajero".*

*Parecidas noticias nos vienen del Brasil.*

*En Ecuador está revistiendo particular importancia la celebración del primer centenario de la consagración de la Nación al Corazón de Jesús.*

*La entera provincia jesuítica de Croacia se ha empeñado en la difusión y mejora del Mensajero, en Zagreb, que aparece ahora renovado en la forma y en el contenido.*

*Los directores del Apostolado de la Oración en Nueva York y California, están unánimemente optimistas sobre su futuro.*

*La "Oficina Católica Internacional del Cine" se ha interesado, y va a difundir el comentario que el Apostolado de la Oración dedica a las Comunidades sociales. El mismo interés ha mostrado la Pontificia Comisión de los massmedia".*

*El "Consilium de Laicis" ha comunicado que ha inscrito al Apostolado de la Oración en su registro de Organizaciones Internacionales.*

*En Suiza, el Apostolado de la Oración recibió de los Obispos el encargo de preparar espiritualmente el Sínodo de 1973.*

*Existen hoy 29 revistas, que con el título de "Mensajero", o equivalente, son órganos oficiales del Apostolado de la Oración. El "Mensajero" de Irlanda, por ejemplo, cuenta con 187.000 suscriptores. Los folletos con las Intenciones, publicados en los Estados Unidos, ascienden el año 1974 a un total de 1.218.400. En la India, el "Mensajero" se publica en nueve lenguas; y una sola Revista de la Cruzada Eucarística se publica en quince lenguas diferentes.*

*El nuevo interés que se está notando por la oración y la vida espiritual favorece mucho al Apostolado de la Oración.*

no  
ha  
cedido  
a  
la  
crisis  
actual

# Intenciones del Apostolado de la Oración

## A B R I L

**GENERAL:** *“Que los medios de comunicación social contribuyan fiel y eficazmente a conseguir los elevados fines del Año Santo”.*

**MISIONAL:** *“Que los medios de comunicación social contribuyan a disponer el corazón de todos y cada uno para que recibamos con fruto el don de la sagrada indulgencia”.*



## M A Y O

**GENERAL:** *“Que fomentando ampliamente el culto a la Madre de Dios, alcancemos su intercesión para la fecundidad espiritual del Año Santo”.*

**MISIONAL:** *“Colaboración fraterna entre los pueblos de Asia y Africa”.*

# UN SIGNO DE CONSAGRACION A DIOS: EL HABITO RELIGIOSO

Fray ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

Es extraño que, en una época en la que tanto se valoran los signos, sean precisamente aquellos, que lo son de realidades espirituales y trascendentes, objeto de discusión, cuando no, de burla y desprecio. Una reflexión profunda y atenta, sobre el fenómeno en cuestión, permite llegar a la conclusión, de que, no es tanto el signo, cuanto la cosa significada, lo que molesta, y estorba los planes de secularización de la Iglesia y de la sociedad.

La Iglesia es un misterio de fe y en este mundo misterioso de lo sobrenatural hay un Depósito Sagrado de Verdades reveladas por Dios, como hay unos Signos sacramentales, no menos misteriosos que divinos, que tienen por Autor a Jesucristo, Dios y hombre verdadero y que transmiten la vida sobrenatural, es decir, una mística participación y comunión vital a la vida divina.

La vida cristiana, ha de ser vivida, por tanto, en perspectiva de misterio; la Sagrada Liturgia, despojada de ese velo de misterio que la envuelve, apenas dice algo a los fieles que participan en ella. Los poderes sacramentales de enseñar, gobernar y santificar de los Pastores del Pueblo de Dios, ¿no los recibe la Iglesia de Dios a través de una misteriosa sucesión apostólica? Quitemos los signos sacramentales, afirmemos que es imposible el amoroso trato con Dios, «in directo», que permite al alma piadosa elevarse hacia El, en pura fe y en silenciosa intimidad, es decir, la verdadera oración cristiana, tan enseñada por el Divino Maestro; guardemos silencio ante las realidades trascendentales que nos hablan de Dios, del alma, del cielo y también del infierno; despojemos al Mensaje de Cristo de cuanto tiene de espiritual, religioso y sobrenatural, y habremos vaciado al Cristianismo de su contenido esencial.

En el plano ontológico el Bautismo nos consagra a Dios; nos convierte en templos vivos del Espíritu Santo que obra en nosotros una auténtica configuración con Jesucristo, que nos hace hijos adoptivos del Padre, en sentido pleno. En el mismo Dios, Uno y Trino, que con su misteriosa presencia, santifica el alma que por el pecado mortal no pone obstáculo a

esta inefable presencia que los teólogos llaman propiamente «inhabitación divina».

El Sacramento del Orden, de tal manera configura al que lo recibe con Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, que le capacita para actuar («in persona Christi»), en la administración de los Sacramentos que es ministro, apareciendo así ante los fieles con una autoridad que le viene de Dios, y por lo mismo, con una dignidad que deriva del mismo Sacramento que le convierte en el «Ministro de Cristo y dispensador de los bienes de Dios», como leemos en San Pablo. El sacerdote queda consagrado al divino servicio y al servicio de sus hermanos en aquellas cosas que se relacionan con Dios, y por tanto con el bien de las almas; el carácter sacerdotal, marca divina que no se perderá jamás le proclama «Sacerdote in aeternus».

Los religiosos también se consagran a Dios, ante la faz de Iglesia. No se trata de una acción sacramental. El Concilio Vaticano II dice que se consagran al servicio de Dios «por un título nuevo y especial». La profesión de los consejos evangélicos, afirma también el Concilio, «es un Don que la Iglesia recibe del Señor y con su favor conserva siempre». El Papa Paulo VI reafirma la doctrina de la Iglesia en la Exhortación Apostólica «Evangélica Testificatio», que considera la profesión religiosa como «verdadera consagración a Dios», y por Dios, al servicio de los hermanos en la Iglesia, especialmente de los más necesitados. La profesión de los votos religiosos hay que situarla en la línea de la caridad perfecta, sin que ello quiera decir que el religioso, al profesar, haya conseguido ya la perfección de la caridad sobrenatural. La dimensión teológica de la vida religiosa es innegable. A poco que se profundice en su conocimiento se confirma el aserto. La dimensión social de la vida religiosa se convertiría en una sociedad puramente humana, de carácter filantrópico, cultural, asistencial, etc., etc., es decir, no sería la «auténtica vida religiosa» que, «si bien no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece de manera indiscutible a su vida y santidad», afirma el Vaticano II.

Se remontan a épocas muy lejanas, las costumbres de

usar una vestidura especial los monjes. A medida que van apareciendo en la Iglesia nuevas Instituciones religiosas, los fundadores usan y prescriben maneras de vestir, que expresan la consagración al servicio divino de quienes abrazan la vida monástica. El hábito se convirtió desde muy pronto, en el distintivo de una vida entregada, austera, pobre y eminentemente religiosa, a la vez que aparece ante el mundo como un signo de aquellas promesas sobrenaturales en las que vive inmerso el religioso. Es verdad que «el hábito no hace al monje», pero no se puede negar que le presta magníficos servicios; le recuerda constantemente que no pertenece al mundo en que vive; que su vida tiene un sentido escatológico, y por lo mismo debe considerarse peregrino en la tierra, en camino hacia la Patria; el hábito es como un buen amigo que le acompaña siempre; es testigo de sus luchas, de sus lágrimas, de sus ansias de Dios, de sus continuos esfuerzos por superarse; le recuerda que es pobre, que debe ser humilde y que desde la perspectiva de la fe, ha de contemplar todas las cosas. Por eso no sin razón decían algunos que, «el hábito no hace al monje, pero le ayuda». La triste realidad que arrastra el abandono del hábito religioso demuestra, por desgracia, que quienes así hablaban, no iban del todo descaminados.

Con razón se ha lamentado el Papa Paulo VI, en más de una ocasión, de la dejación del hábito por parte de religiosos y religiosas, y en el transcurso de poco más de tres años ha insistido no sólo en la obligación de llevar «el signo de nuestra consagración a Dios», sino también en el uso del traje eclesiástico por los sacerdotes seculares.

Los años 1972 y 73, han sido abundantes en estas referencias; además de las palabras del Soberano Pontífice, reiteradas en la «*Evangelica Testificatio*», la Sagrada Congregación para los asuntos de los Religiosos e Institutos seculares, en carta enviada a través de los Nuncios dice: «Los Capítulos generales no tienen facultad para abolir de las Constituciones el hábito del religioso»; la misma carta da normas claras y concretas de los casos en que los superiores competentes, pueden autorizar el «no uso» del hábito. Al conocer tales documentos uno se pregunta: ¿a quienes obedecen los que no visten su hábito? ¿De quién reciben la consigna los superiores que toleran el abandono y aún el desprecio del hábito religioso, que están en contra de las normas dadas por el Concilio y el Papa? El Decreto conciliar «*Perfectae Charitatis*», ha definido el Hábito religioso como «signo de consagración a Dios», no creo que se pueda encontrar

definición más clara, sencilla, breve y de contenido teológico.

¿Es posible que un religioso se sienta molesto, e incluso avergonzado, por llevar el hábito que le declara ante el mundo como persona consagrada a Dios?

Yo creo que detrás de toda la campaña contra el hábito religioso, se ocultan otros motivos que no conviene declarar. Se ridiculiza el hábito y a quienes lo llevan, y para hacerlo odioso se emplean razones tan sin fundamento que obligan a pensar en un elemento subyacente, que no es otro sino la negación del orden sobrenatural y como consecuencia la desacralización que exige la desaparición de todo signo sagrado, para venir a parar a la secularización de la Iglesia y de sus Instituciones. Si tan poca importancia tiene el hábito religioso ¿por qué una oposición tan fuerte, tan organizada y a la vez tan orquestada, como si se tratase de algo cuyo valor e importancia son decisivos?

No es el hábito, sino lo que el hábito significa; como no lo son los templos, ni las campanas, ni las manifestaciones públicas de fe y el fervor religioso, sino su contenido espiritual y trascendente lo que estorba a quienes desean una Iglesia tan asimilada al mundo, que se confunda con él; para muchos el Bautismo todo lo ha consagrado... lo demás sobra; a buen seguro que, sin tardar mucho, también el bautismo estará de más; se empieza por retrasar el bautismo de los niños; con pretextos infundados, y después... No olvidemos la advertencia evangélica que nos dice que «los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz; no nos dejemos engañar fácilmente en cuestiones que afectan directa o indirectamente a nuestra fidelidad al Señor. Estemos sobre aviso a fin de no hacer el juego al enemigo.

No hace mucho me decía un religioso, que además de buen religioso es un buen apóstol con el ejemplo y con la acción: «si yo viera que quitándome el hábito había de ser un hombre de más vida interior, más humilde, más trabajador, en una palabra, mejor religioso, no dudaría en hacerlo, pero por lo que veo no es así; el hábito me ha ayudado y me sigue ayudando, ni me ha estorbado ni me estorba, y mi actividad apostólica no sufre menoscabo, al revés.

Esto mismo hemos comprobado en muchísimos casos. Hoy, cuando las personas viven y se visten de las maneras más extravagantes y cuando los tópicos «pluralismo, diálogo, respeto, etc., etc.», están en boca de todos, es precisamente la vestimenta sagrada la que no tiene derecho a la vida, y esto no es por disposición de la legítima autoridad de la Iglesia, sino por la imposición arbitraria de quienes actúan por móviles tan inconfesables. ¡Cuántos religiosos de buena

fe han caído en la trampa y creen que despojándose de su Santo Hábito siguen las orientaciones de la Jerarquía!

Detrás del hábito y la sotana viene lo que tenía que venir. Se niega que la vida religiosa entrañe verdadera consagración. El mismo carácter sacramental del Sacerdote se ponen en tela de juicio, creando con ello un clima propicio para las crisis de identidad sacerdotal y religiosa.

La táctica es conocida: nunca atacar de frente; dar dos pasos adelante y uno atrás; proponerse como metas inmediatas objetivos fáciles, y todo ello, sin descanso y obedeciendo, sin duda, a un magisterio subterráneo, que está en abierta oposición al Magisterio auténtico que Cristo puso en la Iglesia para enseñar con autoridad divina y en oposición también a la Jerarquía que, el mismo Señor estableció para guiar a su Pueblo.

¿Cómo es posible que no veamos que por ese camino contribuimos a la demolición de la Iglesia? Es una verdad de fe que la Iglesia no puede perecer, pues Jesucristo Nuestro Señor ha prometido solemnemente no abandonarla y estar «con los suyos hasta la consumación de los tiempos» y sus palabras, como palabras de Dios, tienen que cumplirse.

Sabemos también que el Espíritu Santo purifica y sostiene a la Iglesia, y que «las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella»; pero estas empresas divinas lejos de paralizar nuestro trabajo en servicio de la Iglesia, sirven de fundamento a nuestra oración, que debe ser «sine intermissione», bien fundada en la fe sostenida por la esperanza y viva y operante por la caridad.

Bien sabemos que el hábito religioso no es esencial a la consagración a Dios que significa, pero no por eso debe ser suprimido. Muchas son las cosas en la vida de los hombres y de la misma Iglesia que, sin ser esenciales, ejercen una influencia decisiva. El enemigo difícilmente atacará directamente las cosas esenciales; es demasiado listo para hacerlo. ¡Apañados estaríamos si fuéramos a dar al traste todo lo que no es esencial! Hay cosas accidentales tan importantes

que, sin ellas, difícilmente se conserva en buena forma lo esencial.

Ni bajo el aspecto pastoral ni ascético, ni siquiera estético, tiene justificación la abolición del hábito monástico. El enemigo de la Iglesia y sus satélites tienen verdadera fobia al hábito religioso y clerical. Recordemos lo que escribe el Padre Jesús Quibús en su libro «Misioneros mártires»: ...«nos decían expresamente los comunistas: no odiamos vuestras personas; lo que odiamos es vuestra profesión, vuestro hábito negro, ese trapo repugnante; quitaos ese trapo y seréis como nosotros y os liberaremos...»; claramente se advierte el odio a cuanto hable de Dios y de las cosas divinas.

La firmeza en no desprenderse del hábito en muchos de las mártires españoles en la persecución religiosa del 36 fue interpretada por los enemigos de la Iglesia en su genuina intención: firmeza en la fe y testimonio de amor a Dios, a Cristo, a la Iglesia, a su sacerdocio y su vocación religiosa. Así el conocido investigador Padre Julián Zarco, agustino del Monasterio de El Escorial afirmó rotundamente momentos antes de ser asesinado: Soy Académico de número de la Academia de la Historia; pertenezco a varias Corporaciones científicas extranjeras, mis libros son conocidos en todos los centros de cultura del mundo; me carteo con todos los investigadores de Europa y América; nada de esto me engríe. Pero oídmeme bien, estoy orgulloso, si el orgullo cabe en lo bueno, del hábito que visto; soy religioso Agustino».

Sería innumerable la lista de santos religiosos que supieron descubrir en su hábito, no un simple vestido para cubrirse, y mucho menos una expresión de vanidad superficial, sino la expresión interna, de una vida orientada hacia realidades eternas; un recuerdo continuo de que por amor a Dios, «habían quemado las naves».

Terminemos este trabajo con unas palabras de S. S. Paulo VI: «Aun reconociendo que ciertas situaciones puedan justificar el quitar un tipo de hábito, no podemos silenciar la conveniencia de que el hábito de los religiosos y religiosas, siga siendo, como quiere el Concilio, signo de su consagración y se distinga, de alguna manera, de las formas abiertamente seglares».

# AL QUERIDO HIJO PEDRO ARRUPE, S. J.

SUPERIOR GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Hemos recibido la carta con la que usted ha enviado la relación, por Nos requerida, acerca de los motivos que han inducido a la Congregación General a la votación sobre el problema de los grados y sobre el IV Voto. No hemos dejado de tomar oportunas reflexiones.

A propósito de los recientes acontecimientos, reafirmamos todo cuanto nuestro cardenal secretario de Estado le ha escrito por nuestro encargo el 3 de diciembre pasado. Reiteramos, igualmente, con toda consideración a usted y a los padres congregados: ninguna innovación respecto al IV Voto podrá ser adoptada.

Como supremo responsable (garante) de la «Formula Instituti», y como Pastor Universal de la Iglesia, no podemos permitir que se toque lo más mínimo este punto, ya que es uno de los principios (goznes, sostenes) fundamentales de la Compañía de Jesús. Y en excluir la extensión del IV Voto Nos mueve no ciertamente un sentimiento de menor estimación o un menor sopesado conocimiento de los problemas, sino más bien, todo lo contrario, un propio profundo respeto y un amor apasionado que alimentamos hacia la Compañía misma, juntamente con el convencimiento del gran incremento que ella perseverante, como la quiso el Fundador —aun también con los oportunos «aggiornamenti» que no pueden ir más allá de los linderos de su fundamental identidad—, está llamada a contribuir a la labor cada vez más difícil de la Iglesia en el futuro.

Precisamente en esta perspectiva expresamos la duda producida por las orientaciones y posturas surgidas de los trabajos de la Congregación General: ¿Podrá la Iglesia, igual que siempre, confiar todavía en vosotros? ¿Cuál deberá ser la actitud o postura de la Jerarquía para con la Compañía? ¿Cómo podrá ella encomendarle con ánimo libre de temor la prosecución de empresas tan importantes y tan delicadas? La Compañía tiene ahora una prosperidad y difusión de rango universal que la coloca sobre el candelero, y que está a la par con la confianza que siempre le fue otorgada;

posee una espiritualidad, una doctrina, una disciplina, una obediencia, un servicio, una ejemplaridad, que debe guardar, que debe testimoniar. Por eso repetimos con confianza la pregunta de nuestro discurso del 3 de diciembre, al iniciarse esta Congregación: ¿A dónde caminais?

En estos días que os quedan de trabajo en común os exhortamos fervorosamente, amados hijos, a usted y a sus hermanos, a una muy profunda reflexión sobre vuestras responsabilidades, sobre vuestras posibilidades, como también sobre los peligros que podrán sobrevenir al futuro de esta tan provechosa y meritoria «Sociedad de Presbíteros», fundada por San Ignacio.

Según ya se le comunicó por escrito el 15 de septiembre de 1973, el momento es decisivo para la Compañía de Jesús, para su suerte futura y también para todas las «Familias Religiosas».

Pensamos en las incalculables repercusiones que una postura, Dios no la permita, en oposición con la línea indicada podría tener sobre la Compañía, y también sobre la Iglesia. Por eso os invitamos con toda insistencia a considerar en presencia de Dios, con la mayor seriedad, las resoluciones que haya que tomar. Es el Papa quien con humildad, pero con la intensidad y sinceridad de su afecto, os repite con preocupación paternal y con extrema seriedad: pensad bien, hijos carísimos, lo que hacéis.

Es por este motivo porque les rogamos también hacernos llegar antes de su publicación las decisiones, ya tomadas o en camino de tomarlas, de la Congregación General.

En esta hora grave, Nos oramos intensamente por la amadísima Compañía de Jesús, mientras a usted y a todos sus miembros, esparcidos por el mundo, impartimos de todo corazón, en el Nombre del Señor, la Bendición Apostólica.

En el Vaticano, a 15 de febrero de 1975, XII Año de Nuestro Pontificado.

PABLO PP. VI

# Atención a la marea negra

P. SEVERIANO DEL PARAMO, S. J.

*Profesor de Sagrada Escritura  
de la Universidad Pontificia de Comillas*

La contaminación atmosférica es hoy una preocupación para los habitantes de las grandes ciudades. Otra contaminación más universal y peligrosa amenaza a la sociedad entera. Sobre ella han llamado la atención el Papa, numerosos Obispos y algunas autoridades civiles, a quienes corresponde velar por el bien moral de la comunidad. También la prensa sensata ha dado la voz de alarma ante este gravísimo peligro que nos amenaza.

Se trata de una plaga mundial, que va invadiendo como una peste el ambiente social y religioso del pueblo, valiéndose de los poderosos medios de difusión con que cuenta el mundo moderno. Se intensifica la venta y distribución clandestina de revistas y publicaciones pornográficas, de drogas, píldoras y material vergonzoso para satisfacer las más repugnantes tendencias de la carne. En la audiencia pública del día 17 del mes de abril de 1971, afirmaba el Papa que una de las más graves desviaciones actuales en el orden moral, es la llamada tentación de la carne. «El estímulo externo, el ambiental, se ha hecho más que nunca insistente, seductor, excitante, invasor. Pensad en la prensa licenciosa y pornográfica, difundida con todas las astucias de la exhibición y del comercio; pensad en los espectáculos dudosos y mundanos, en las diversiones licenciosas, en ciertas costumbres públicas y privadas, carentes de normas moderadoras. El ambiente ofrece por todas partes excitaciones a la fragilidad de la carne especialmente si se trataba de jóvenes inexpertos. Por carne entendemos todo lo que se refiere a la indisciplina de la sensualidad, al placer animal, al cuerpo pasional que atrae a sí al alma y la rebaja a los propios instintos, la aprisiona y la ciega, de suerte que, como dice S. Pablo: *El hombre no recibe lo que viene del Espíritu de Dios* (I, Co. 2,14)».

En otra alocución lamentaba «el libertinaje que en las modas, en la prensa, y en los espectáculos ataca al recato debido a uno de los más delicados valores de la persona humana». Y en la audiencia del 6 de mayo añadía: «Crecen la criminalidad y los abusos de orden moral en todos los campos. Se habla sin cesar de la escalada de las drogas, los abortos, la violencia».

No se crea que estas quejas del Papa se refieren al nivel bajo de moralidad, que existe en otras naciones, del que se ve libre la nuestra. La declaración del Epis-

copado español sobre la moral de nuestro pueblo, hecha pública el 16 de julio del año 1971, nos indica que llegan también a España las salpicaduras de esta corrupción de costumbres, que lo va invadiendo todo. La relajación moral, que ciertamente existe en nuestro pueblo, e irá en aumento, si no se la ataja a tiempo, se refleja, según el documento episcopal «en las ansias de lucro y lujo, en el materialismo, hedonismo y erotización ambiental, en la tendencia al laxismo en la vida matrimonial y en todo lo que prescribe el sexto mandamiento de la ley de Dios».

Detalles más concretos nos ofrece la carta colectiva de los Obispos de la provincia eclesiástica de Valencia del 5 de febrero del año 1972. «Quisiéramos lanzar un grito de alarma contra una de las causas de la deshumanización propia de nuestro tiempo: el desarrollo inaudito de un erotismo desordenado. Estamos en presencia de una explosión comercial desvergonzada a gran escala y con múltiples ramificaciones. Nuestras playas están contaminadas por una marea negra, que infesta los ambientes y amenaza la atmósfera hasta el punto de atacar el equilibrio moral de las actuales y futuras generaciones. La situación nos parece gravísima. Nuestra voz se une a la de aquellos, que defienden la causa de la dignidad del hombre y de nuestra civilización».

Este libertinaje se manifiesta en algunas funciones teatrales, en muchas películas de cine, en algunas exhibiciones de la televisión, en numerosas novelas y libros de literatura licenciosa, en algunas canciones, en la publicidad de algunos periódicos y revistas, en los grabados y fotos a todo color excesivamente libres y a veces provocativas. Sin hablar de los centros en que se favorece, o se disimula la corrupción de costumbres, el alcoholismo o el uso de drogas, o materias parecidas.

Si creemos en Dios, si somos cristianos, escuchemos las divinas enseñanzas, que nos ofrece la Biblia sobre este tema, tan antiguo como la humanidad pecadora. En el Antiguo Testamento, los profetas, salmistas y autores sapienciales, levantaron con frecuencia la voz de alarma contra la liviandad y corrupción de costumbres que se infiltraban en el pueblo de Dios, por su contacto con los paganos. Bástenos como ejemplo la descripción que el autor del Eclesiástico nos

hace de los pecados de lujuria frecuentes en su época (23, 21-37). *Dos clases de hombres multiplican los pecados, y una tercera atrae la cólera. El que se abrasa en el fuego de sus apetitos, que no se apaga hasta que del todo le consume. El hombre impúdico consigo mismo, que no cesará hasta que su fuego se extinga.* Alusión al pecado solitario, comparado al fuego, que lo consume y devora todo. Así este vicio agota las energías físicas del lujurioso. *El hombre fornicario, a quien todo pan es dulce, que no se cansará mientras no muera.* Son los viciosos habituales, que están dispuestos a pecar con toda mujer que les salga al paso. La concupiscencia de los tales no se apaga más que con la muerte. *El hombre infiel al propio lecho conyugal, que dice para sí: ¿Quién me ve? La oscuridad me cerca y las paredes me ocultan, nadie me ve ¿qué tengo que temer? El Altísimo no se da cuenta de mis pecados. Solo teme los ojos de los hombres y no sabe que los ojos del Señor son mil veces más claros que el sol y que ven todos los caminos de los hombres y penetran hasta los lugares más escondidos.* El adulterio estaba castigado duramente por la ley, por eso el esfuero del adúltero en tener oculto su pecado.

La doctrina que sobre este tema encontramos en el nuevo Testamento, es abundante. Comencemos por recordar la actitud de nuestro Señor Jesucristo. Escogió tener una Madre Virgen, inmaculada desde el primer instante de su concepción, unida en matrimonio con su castísimo esposo S. José. Proclamó bienaventurados a los *limpios de corazón* (Mt. 5,8), miró con cariño al joven, que había conservado puro su corazón (Lc. 18,21), insistió en la indisolubilidad del matrimonio (Mt. 19,12) y colocó al estado de virginidad por encima del matrimonio. Reprendió duramente a los escribas y fariseos, *sepulcros blanqueados, llenos de toda podredumbre* (Mt. 23,27). Mostró con su silencio ante Herodes Antipas, al que fue remitido por Pilato, su repugnancia a complacer a aquel rey libidinoso, que había dado muerte al Bautista por dar gusto a una bailarina.

Los escritores del Nuevo Testamento, declararon ya en los comienzos mismos de la Iglesia la importancia que la pureza del alma y la virginidad tenían en la nueva economía de Cristo con su doctrina. El apóstol S. Pablo en su primera carta a su discípulo Timoteo, enumera los pecados de todo género, que invadirán al mundo en los últimos tiempos. Entre los más vergonzosos señala a la fornicación, homosexualidad y tráfico de seres humanos para el fomento del vicio. Descubre la raíz de la vida licenciosa, llamando a los viciosos hombres sin ley, sin disciplina, rebeldes, a la autoridad divina y humana, impíos, incrédulos, des-

tructores del orden social con sus ideas revolucionarias y falsas, con sus mentiras y perjurios. Aunque se llamen cristianos, caminan con su vida licenciosa en total desacuerdo con la sana doctrina que aprendieron y aceptaron (I, 9-II).

En su segunda carta a Timoteo, completa la descripción anterior con algunos rasgos nuevos, dignos de atención. La tónica dominante en los hombres disolutos, es el egoísmo, fuente de sus vicios. Lo único que les interesa es su bienestar, sus placeres sexuales, el amor al dinero, como medio de satisfacer sus apetitos, el desprecio de todo lo ajeno, aun de las personas, cuyos derechos pisotean sin escrúpulo (3, 2-9).

La lujuria degrada al hombre. *Caminemos decentemente*, dice S. Pablo, *como corresponde al día, no en comilonas y borracheras, no en lascivias y libertinaje, no en envidias y rivalidades* (Ro 13-13). La vida del cristiano es una marcha en plena luz a la faz del mundo, sin nada de qué avergonzarse. *Somos hijos de la luz e hijos del día, no somos de la noche, ni de las tinieblas* (I Tes 5,5). *Sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz*, dice a los Efesios (5,8). La luz es Cristo y su doctrina, que debe reflejarse en las buenas costumbres del cristiano. *Esta es la voluntad de Dios*, escribe a los fieles de Tesalónica en su primera carta, *vuestra santificación, que os abstengáis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo en santidad y honor, no en pasión libidinoso como los paganos, que no conocen a Dios. Que en esto ninguno atropelle, o abuse de su hermano, porque el Señor vengará todas estas cosas* (4,3-6).

En la carta primera a los Corintios (6,9.10), enumera al apóstol los vicios, que impedirán al hombre la entrada en el reino de los cielos. *No os engaños. Ni los impúdicos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los rapaces tendrán parte en el reino de Dios. Dios no nos llamó, concluye en el pasaje citado de la carta a los Tesalonicenses, a la impureza, sino a la santidad. El impuro no desprecia a un hombre, sino a Dios, que os da el Espíritu Santo* (vv. 7.8). Las razones que S. Pablo inculca para huir del vicio de la lujuria, son el temor al castigo de Dios, que amenaza al impuro, la vocación cristiana a la santidad de vida y la inhabitación del Espíritu Santo en el alma del cristiano.

Por eso la lujuria es un crimen parecido al sacrilegio. *El cuerpo del cristiano no está hecho para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo* (I Co 6,13). El cristiano debe someter a Cristo lo mismo su alma, que su cuerpo. No debe entregarle a los instintos viciosos de la carne, haciéndole esclavo

suyo, sustrayéndole al dominio del Señor, a quien está subordinado. *El Señor para el cuerpo*, es decir, Cristo resucitado, principio de nuestra resurrección, glorificará nuestra misma carne, si en esta vida la conservamos unida a él por la gracia. *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? Jamás. Huid la fornicación. Todo otro pecado que el hombre comete, queda fuera de su cuerpo: pero el que fornicar, peca contra su mismo cuerpo.* Por el bautismo el cristiano ha pasado a ser posesión de Cristo, es miembro de su cuerpo místico, la Iglesia santa. Los pecados sensuales revisten la malicia de un sacrilegio. Además la pertenencia del cuerpo del Cristiano a Dios, se funda en un derecho. Cristo ha pagado con su sangre el precio de redención del pecado. *Habéis sido comprados a gran precio.* Siendo vuestro cuerpo, concluye el apóstol, templo de Dios, ha de ser un instrumento de acciones puras, de culto continuo de alabanza a la gloria de Dios. *Glorificad a Dios con vuestro cuerpo* (v. 20).

De todos estos testimonios y otros que omitimos por no alargar este trabajo, concluye S. Pablo en la carta a los Efesios. *La fornicación, que ni se nombre entre vosotros y cualquier impureza o avaricia, como conviene a santos. Lo mismo que la torpeza, la necesidad o ligereza en el hablar, cosas que no están bien* (5,3). Entiende por fornicación todo placer ilícito contra el sexto precepto de la ley de Dios. Las riquezas han de evitarse como fuente de toda clase de diversiones mundanas. *Toda torpeza*, es decir, todo lo que puede herir la delicadeza de un buen cristiano, que no debe manchar sus labios con palabras deshonestas, o soeces, ya que los tiene consagrados a Dios.

San Juan en su primera carta (2,15-17), dirigiéndose a los jóvenes, les exhorta a que no amen al mundo, ni sus cosas, pues seducen al hombre al pecado. Reduce a tres los escollos en que la nave del alma juvenil puede estrellarse. *El primero es la concupiscencia de la carne.* Ya lo había dicho el Sabio: *El cuerpo corruptible arrastra con su peso al alma* (Sab 9,15). Entre las que llamamos pasiones de la carne, hay que contar todas las perversas inclinaciones no dominadas de nuestra complexión corporal; la lujuria, el apetito desordenado de comer, beber, divertirse; el placer de las emociones fuertes, o sensuales, suscitadas por las drogas, las bebidas alcohólicas, las orgías nocturnas en centros de corrupción, etc.

El segundo escollo es *la concupiscencia de los ojos.* Por estas ventanas, como ya advirtió Cristo (Mt. 5,27-29), entran los halagos del placer. Los teatros, los cines, la televisión, las revistas pornográficas o atrevi-

das, ofrecen a la mirada de los incautos escenas que excitan la concupiscencia e invitan al pecado. Nada digamos de los vestidos indecorosos, de las desnudeces desvergonzadas y de los trajes impropios del sexo de quien los lleva. La ley dada por Dios a los hijos de Israel establecía: *No llevará la mujer vestido de hombre, ni el hombre vestido de mujer, porque el que tal hace es abominación para el Señor* (Dt. 22,5). La razón de este precepto era doble: la honestidad y la decencia y el poner trabas a los abusos de inmoralidad a que se presta la igualdad en el vestir del varón y de la mujer. San Pablo recomienda a las mujeres cristianas *un porte decoroso adornándose con pudor y sobriedad* (ITi 2,9). Daba por supuesto que los trajes de las mujeres nada tenían de común con los hombres. El Papa aludió también a este desorden en la audiencia general del 31 de abril de 1971. «Se habla, dijo, de educación sexual, pero se olvidan algunos aspectos de la realidad humana, como la exigencia del pudor, la consideración debida a la diferencia de los sexos».

Finalmente el tercer escollo es *el orgullo de la vida*, que se muestra en la ostentación, el lujo, la moda, las nuevas diversiones, todo lo cual arrastra insensiblemente a la vida muelle y a los vicios carnales, que degradan la dignidad humana. «Hoy más que nunca, dijo el Papa en el mensaje navideño del año 1971, la muchedumbre se rebela, y protesta y declara, no tenemos necesidad de esa salvación, no conocemos ese Salvador, no lo queremos conocer. ¿No es esta la actitud que toma nuestro radical secularismo de hoy día? ¿Nuestra orgullosa e intolerante autosuficiencia?». Y en la audiencia del 8 de marzo de este año, añadía: «La idolatría del humanismo contemporáneo que niega o desprecia nuestra relación con Dios, niega o desprecia la existencia del pecado, de lo que se deriva una ética loca. Loca de optimismo, que aspira a hacer lícito todo lo que gusta y es útil; y loca de pesimismo, que quita a la vida el sentido profundo, que procede a la distinción trascendental del bien y del mal, y la desanima con una visión final de angustiosa y desesperada fatuidad».

S. Pedro en su primera carta (2, 11), levanta su voz contra los vicios carnales: *Queridos, os exhorto a que como extranjeros y peregrinos, os apartéis de las concupiscencias carnales, que hacen la guerra al alma.* Durante nuestra vida en la tierra, somos peregrinos, que caminamos hacia nuestra patria, el cielo. Los que *por concupiscencia impura, andan tras los placeres de la carne y desprecian al Señor, son hijos de maldición* (2P 2, 11,13), es decir, serán excluidos de la felicidad eterna. Por lo demás cuáles sean estos placeres y obras de la carne, nos lo enseña S. Pablo en su carta a los

Gálatas (5,19-21): *Las obras de la carne son claras. a saber: fornicación, impureza, lascivia, orgías, bacanales y cosas semejantes, que los que las practican, os anuncio, como ya os he dicho antes, no heredarán el reino de Dios.*

### CONCLUSION

La sociedad civil, la familia, quien se gloríe de ser cristiano, los jóvenes principalmente, han de reaccionar con decisión y valentía contra esta marea sucia de

erotismo, libertinaje y pornografía, que pretende anegar a nuestra sociedad. Puede ser que manos ocultas propaguen este veneno, no solo con fines lucrativos, como sucede con las drogas, sino también con miras revolucionarias para debilitar a nuestra juventud física y moralmente.

Gracias a Dios la mayoría de nuestros jóvenes conservan el vigor espiritual y físico, fruto de su tradicional y arraigada fe, de su formación religiosa y moral y de su amor al progreso y robustecimiento de las costumbres cristianas, que han distinguido siempre a nuestra patria.

# LA IGLESIA PUEBLO DE DIOS

M. M. DOMENÉCH I.

*Se ha dicho que Isaías fue un profeta cuyo espíritu de raza, no totalmente superado, le llevó a escribir versos inspirados en sueños de prosperidad para su patria privilegiada. que más tarde, y sobre todo, en el Nuevo Testamento, este espíritu cristaliza en un igualitarismo supranacional, para el que ya da lo mismo ser griego que judío. (cf. Rom. 10,12).*

*Esta manera de hablar hiere los oídos cristianos. La Biblia está inspirada por Dios y el hagiógrafo escribe sin mezcla de error alguno, cuando quiere decir algo, lo dice, y la veracidad de Dios garantiza que lo que dice es cierto, ni más ni menos. (cf. Ap. 22, 18-19).*

*Si en el Antiguo Testamento se promete algo a un pueblo concreto, ese pueblo puede esperar ciertamente lo que se promete, porque*

*el don de Dios es sin arrepentimiento. (cf. Rom. 11,29).*

*Pero también es cierto que lo que Dios promete no depende de la fidelidad del beneficiario. Aunque Israel fuera infiel, poderoso es Dios para hacerse un pueblo nuevo. (cf. Rom. 9, 25-26).*

*Por eso no deja de ser cierto que pueden apropiarse a la Iglesia las complacencias de Dios con Israel. (cf. Rom. 4, 16-17).*

*El nuevo pueblo de Dios es escogido debido a la infidelidad del pueblo de Dios por antonomasia. (cf. Rom. 11,11). Pero sería más beneficioso para el nuevo pueblo de Dios que Israel fuera fiel, (cf. Rom. 11-12). Y lo será. (cf. Rom. 11, 25-27). Pero esto no presupone el fin de la Iglesia.*

*De la misma manera que lo que*

*se dice del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, puede considerarse dicho de la Iglesia, lo que se dice de ella en el Nuevo Testamento puede atribuirse al Israel de la carne. (cf. Vat. II, constitución "Lumen Gentium" II, 9).*

*Hacerlo así alimenta la esperanza cristiana. Cuando esta se cumpla, la Iglesia católica y apostólica seguirá siendo pueblo de Dios, y el Israel de la carne, congregado por Dios desde los cuatro vientos. (cf. Vat. II, decreto "Ad Gentes I,9), será también Iglesia de Cristo. Entonces no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor, las ovejas hallarán pastos, y los lobos con piel de oveja no perturbarán porque habrán sido destruidos por el soplo de la boca y el esplendor del segundo advenimiento del Mesías.*

# 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

## LI

### 1.921.- Y LA PAZ NO LLEGABA

#### LOS MISMOS LODOS Y LOS MISMOS POLVOS

Nos acercamos ya al fin de esta larga serie de artículos —estamos ya más allá de la cien— que hemos podido escribir gracias a la ayuda de Dios durante largos años. Y sobre los que tanta gratitud debemos a nuestros lectores por su asiduidad y paciencia.

Mañana vamos a apuntar a nuestra intención y finalidad. Demostrar que 1917 fue el gran «vértice» de la Historia moderna, la «punta» casi, quizá algún día se vea, de toda nuestra Era. ¿No es así que ahora la Humanidad evoluciona más en diez años que antes en todo un siglo? Y que se produce, en el inmenso Drama de la Historia —siempre presidido, como proclamaba Ramière, por la Providencia—, este tremendo y grande SEGUNDO ACTO cuyo impresionante preludio estamos viviendo, desde hace más de cincuenta años (que valen, por tanto, como medio milenio), en este a la vez grandioso y caótico, desconcertante y terrible, Siglo XX.

Los «povos» de los anteriores siglos, como hemos visto, singularmente los que habían agudizado la anterior «gran punta» que había sido la Revolución francesa, habían traído los «lodos» de la Moderna Sociedad. Ella ya comportaba, en sí, como largamente hemos estudiado, todos los gérmenes de la disolución. Y a su vez, nuevos polvos, acumulando toda la miseria y resumiendo y concentrando, todos los anteriores, hasta llegar a su «explosión»: la de la I Gran Guerra y su vértice: el año 1917.

Como era de esperar —«...Entretanto los demás hombres que no perecieron con estas plagas, no por eso hicieron penitencia de las obras de sus manos, con dejar de adorar a los demonios (...), ni tampoco se arrepintieron de sus homicidios ni de sus hechicerías... (Apoc. 9-20)»—, la Sociedad para, llamarla así, no había sabido sacar partido de la tremenda lección de la I Gran Guerra. En el fondo —y esto es importantísimo—, los vicios seguían idénticos a los que en

1914 habían llegado a la catástrofe, agudizados en el fatal, 1917, el gran hito de la Historia que, como tanto hemos estudiado y ponderado, se distinguió por consagrarlos y entronizarlos. 1917 es la declaración oficial, de una vez, de que la Sociedad se constituye decididamente apóstata de su Dios.

Como si no hubiese pasado nada, cuando, en realidad, aquella había dado un paso de la magnitud de un verdadero Milenio, Europa volvía, en apariencia, a la vieja paz armada, a los odios, a la disgregación, a la impiedad, esta vez oficializada de 1914, pero centuplicadamente. Observémoslo en este 1921, al adentrarse en los «años veinte» que en forma tan mentecata hoy se califican de «años felices».

#### LA DESUNION DE LOS VENCEDORES

¡Parecía que no había pasado nada! Otra vez Inglaterra soñaba con el «equilibrio continental» en su favor. Francia y Alemania se seguían odiando: ésta última, al parecer herida y mutilada por la pérdida de la Guerra, iba, con sus propias y solas fuerzas, a resurgir más violenta que nunca. Los egoísmos nacionales volvían a estallar. Y estos viejos «chovinismos», peores y más fuertes que nunca —el «internacionalismo» de Ginebra nunca pasó de ser una utopía de la que todo el mundo hablaba pero en el que nadie creía— iban a conjugarse en un tremendo complejo: el de las dos grandes olas que habían de chocar. Por reacción, el Comunismo, con sus horrores de extra-izquierda, iba a provocar, en el oleaje del Orbe y de la Historia, por reacción, el nuevo y formidable fenómeno de los dos movimientos, gemelos, de extrema derecha: el fascismo y el nacional socialismo. Y ambos extremismos destinados a fatalizar el choque más dramático de todos los tiempos, hasta ahora: la II Gran Guerra mundial que, por todo cuanto vemos, no fue más que la continuación de la Primera, salvado el entreacto 1919-39 que tan justamente ha sido llamado «entredos-guerras».

Protegidos por su insularidad, y la desaparición,

tan anhelada, de la gran flota alemana de Guillermo II y de Tirpitz, los ingleses, creyendo podían volver a los viejos tiempos victorianos, y sin mayor fantasía que la de retornar a un ya imposible «equilibrio continental», comenzaron a mostrar simpatía, harto sospechosa, hacia Alemania, juzgándola curada de su militarismo, como balanza contra la hegemonía que en Europa había dado a Francia la victoria de 1918. Tal fue la política de Lloyd George. Se iniciaba ya un duelo franco-inglés.

Los intereses de ambos países chocaban en Alemania. Como en Siria. Francia, siempre muy avara, exigía la realización de las reparaciones; a la Gran Bretaña, país entonces superindustrializado, no le interesaban. Ya que, para poder cumplirlas, Alemania debía exportar (única forma de pagar de un país sin oro ni dinero), y tal exportación significaría de nuevo una fuerte competencia contra el comercio inglés. En el «reino» del carbón (a la sazón más importante aún, al revés de ahora, que el del petróleo) era donde se hacía más patente. Keynes comenzó a darse a conocer, precisamente, entonces, señalando como nadie la oposición de interés de los dos países separados por la Mancha.

Habían comenzado las que iban a ser interminables negociaciones sobre dichas Reparaciones y aplicación de los Tratados de Versalles, que llenan la vida diplomática hasta que, en los años treinta, vienen a soplar los vientos del fascismo y del nacional-socialismo triunfantes. Conferencias, conferencias. Spa en 1920, París y Londres en Enero-Marzo de 1921. Estudios paradójicos de efectuar empréstitos a Alemania para posibilitarle los pagos. Para reforzar sus exigencias, Francia en esta época de 1921 ocupa Dusseldorf.

Conferencias, conferencias. Entre tanto, al problema de las Reparaciones se une el de la inestabilidad de las monedas, huelga decir que, la primera entre ellas, la del marco.

En Francia se han ido sucediendo los gobiernos. Todos éstos acontecimientos minan aquellos que, como Briand, se esforzaban por hallar soluciones y afianzar una paz que evidentemente no estaba ni en los espíritus, ni en la calle. Y Francia volvía los ojos de nuevo a Poincaré, el viejo chovinista, con todo su anterior prestigio en Presidencias de Gobierno y de la República, para confiarle otra vez la primera.

## LA CONFERENCIA DE WASHINGTON

Los Estados Unidos se desinteresan cada vez más de Europa, pero no así las sumas que se les deben. Cada ex-aliado, para pagarlas, se excusa el uno contra

el otro, y todos contra Alemania. Al fin, el presidente Harding convocó una gran Conferencia en Washington, a la que invitó a la Gran Bretaña, a Francia, a Italia, a Holanda, a Bélgica, a Portugal, al Japón y a China: Conferencia del Desarme, iniciativa, como todas las de este tipo, recibida en muchos sitios con ingenuo entusiasmo, calificando al Presidente americano como «Salvador de la civilización».

Inmediatamente, chocan en Washington los intereses de la Gran Bretaña y de Francia. Con política realística, la primera se había convencido de que la hegemonía mundial estado-unidense era un hecho irreversible y consumado, y que a la vieja «pax-britannica» del siglo XIX, en el mejor de los casos, no había de desearse, sino más bien procurarse, una paz anglo-yankee, es decir «pax anglo-saxona».

El acuerdo entre ambos países, con gran desesperación de Francia, se iba consumando, y ésta iba quedando aislada. Y, aun como reminiscencia de tiempos pasados —quizás sin darse cuenta de que las épocas de las grandes flotas de guerra ya habían pasado—, aún, se centró la Conferencia, por lo menos inicialmente, sobre la cuestión de las Marinas. Inglaterra, en plenas dificultades financieras, y con su preocupación para conservar un Imperio que, nominal y geográficamente al menos había llegado al cénit (pero que cada vez se sentía más débil), por medio de Balfour, se dio por muy contenta de «alcanzar» (ella, cuya Flota, hasta entonces, el «two powers standard», tenía como principio, superar la de las dos inmediatas grandes flotas reunidas) la paridad con Estados Unidos, y, de acuerdo con estos, imponer al inquietante Japón la proporción siguiente en toneladas: 525.000 para Estados Unidos e Inglaterra. 315.000 para el Japón (cuya enorme categoría se reconocía, por tanto). Grande fue la humillación de Francia al verse reducida a 175.000; y en pie de igualdad!, con la menospreciada Italia, que no tenía Imperio colonial ultramarino de importancia que defender.

Queda sellada así la alianza anglo-sajona, pero en Washington ocurren otras cosas: aquella consagración del Japón, le apartaba de su vieja tradicional alianza con Inglaterra. A la larga, se abría un largo camino que llevaría, en 1941, a enfrentar el poderío nipón con el de los dos grandes países anglo-sajones reunidos. Y, cosa curiosa: todo ello no solamente —tal consagración— no satisface al Japón, sino que éste, ya con conciencia de su poderío y al creer ver frenadas sus ambiciones en China, comienza a sentirse enemigo de Europa y América, y leader de la raza amarilla. El mismo primer ministro Hara, autor del citado éxito, paradójicamente, es asesinado por los ultra-nacionalis-

tas por creerlo moderado, y por no haber conseguido más en Wáshington.

Entretanto —como si la historia del Mundo quisiera complacerse en repetirse— estalla de nuevo, bajo forma muy diversa, la cuestión del Próximo Oriente. Pagando la deuda contraída con Venizelos, la Gran Bretaña y Francia (si bien cada vez más enfrentadas en Asia Menor, la segunda celosa de su mandato o protectorado sobre Siria, y la primera de los enormes, sobre Irak, Transjordania, Palestina, etc.), habían protegido a Grecia, y a la expansión de ésta sobre los territorios que le correspondían en la Antigüedad: la Tracia, y, ya en la misma Asia Menor, las ciudades costeras de la Jonia. Pero no contaban con la inesperada reacción turca, con Mustafá Kemal, el cual, en forma maravillosa, resistió contra todos, al propio tiempo que dominando asimismo los esfuerzos independentistas y autonomistas de la Armenia y del Kurdistán, que tanta sangre costaron.

Al fin, y llevados por su rivalidad, los mismos franceses habían de ayudar a Mustafá Kemal, ya victorioso en todas partes, y que, en el próximo año de 1922, había de derrotar en forma tremenda a los griegos (pese a la protección que les dispensara Inglaterra), expulsándoles de Asia Menor, y salvando la total unidad de Turquía (compensándola así de la pérdida del viejo Imperio otomano) en la integridad de sus límites nacionales de hoy, desde Adrinópolis y los Dardanelos, hasta el Cáucaso.

Esta nueva «Cuestión de Oriente» —reconocería Churchill al escribir una conocida obra sobre la I Gran Guerra y «Paz» sucesiva, había de marcar el punto algido de las disensiones anglo-francesas dentro del período de la última.

#### ENTRE TANTO, EN RUSIA, VICTORIA DEFINITIVA DE LOS BOLCHEVIQUES

Los Soviets aprovechaban su victoria de 1920, para acabar con la resurrección de Georgia, de la Transcaucasia, y, en general, de todo el mosaico de países de la latitud del Mar Caspio, señalándose —de acuerdo con Mustafá Kemal— la ocupación de Armenia. Desde las nuevas fronteras de los Países bálticos, de Polonia y de Besarabia (unida a Rumanía), todo el resto, hasta Vladivostock volvía a ser una gran unidad. La URSS se constituye como un Estado federativo, bien que fuertemente unificado, con la base principal de Rusia, Ucrania, Rusia Blanca y la Federación transcaucásica (Siberia estaba incluida dentro de la primera).

Habiéndonos extendido ya, anteriormente, amplia-

mente sobre Rusia, nos abstendremos ya de seguir haciéndolo aquí. En tan enorme extensión, y diversidad de pueblos salidos todos de un verdadero caos, era inevitable una tremenda crisis. La comunización no había llegado aún propiamente al infinito campo, donde los «kulaks» rehusaban toda disciplina. 1921 ha quedado como el recuerdo del año de la máxima hambre. La industria, inevitablemente, antes de su reorganización dentro de tan nuevo como inesperado régimen, había de caer a menos del 15% de antes de la guerra, e igual desnivel se observa en las eventuales estadísticas del tráfico ferroviario.

En febrero de 1921, y como consecuencia de estos sufrimientos, se registra, paradójicamente, una sublevación de los marinos de Cronstadt, los mismos, precisamente, que en otros tiempos habían iniciado la Revolución. Esta fue reprimida, pero dio lugar a nuevas concepciones de organización económica, que es imposible de estudiar aquí, conocidas por el N. E. P., (siglas en la lenguas latinas de la «Nueva Política Económica»). Ella otorgó una mayor libertad y un nuevo margen de propiedad e iniciativa privada a la vida y economía campesinas especialmente.

Con la N. E. P., por tanto, aquella renació, pero había de ser a su vez, y nuevamente, sustituida gradualmente por la economía estatizada, acarreado, sin embargo, ésta, el retorno a los elementos clásicos de la misma, restablecimiento de la moneda y de las finanzas, de los presupuestos organizados, etc., En realidad, la Industria sobre todo, había de ir estructurándose, en muchos aspectos, según un patrón ahora más cercano al del capitalismo, pero esta vez capitalismo de Estado.

Triunfante en edad avanzada y salud comprometida, ya en 1921 se adivina, dentro de Rusia, que se prepara la herencia de Lenin. Hombres, tendencias políticas luchan unos contra otros, y se oponen mentalidades que, en país tan grande, habían de polarizar, durante muchas décadas entre la preferencia hacia una Rusia agricolizada o una Rusia industrializada. Todos hemos vivido, aún no hace muchas décadas, las últimas resonancias de estos problemas.

Es en esta época, y ya tras el problema de la herencia de Lenin, que se dibuja la rivalidad entre los dos principales grupos. Uno, el que parecía deber triunfar, era el de Trotski, aureolado éste con el prestigio de haber sido el Carnot de la Revolución, y por las victorias conseguidas por los ejércitos que organizara. El otro seguía a una figura hasta el momento oscura, de un georgiano, José Djougachvili —cuyo pseudónimo de Stalin le había de colocar en la historia— hombre dotado en compensación de no poseer un

exterior brillante, de una sangre fría, de una tenacidad, y de un espíritu secreto e implacable. Y Trotski u otros no habían de poder llegar a ser los Bonapartes del bolchevismo. En toda otra forma, éste había de ser remodelado por Stalin.

Aún en 1921, Lenin juzgaba imposible toda «entente» con otros países, proclamado imposible «la coexistencia durable de los Estados burgueses y de la República soviética». Pero ya las cosas comenzaban, y por mucho tiempo paradójicamente (lo que había, muchos años más tarde, llevar a los pactos Hítler-Molotov de 1939 con el reparto de Polonia y provocación de la II Gran Guerra mundial), a acercar, por la fuerza de terribles circunstancias a Rusia y a Alemania. Tenían de común, entonces, pertenecer al «grupo de Países vencidos en la guerra imperialista» y necesariamente se hallaban en oposición con el «grupo dominante de las grandes potencias». En ambos, hay un nexo de unión: el resentimiento contra la Paz y los Tratados de Versalles.

Y esto sucede, pese a la constante reacción y lucha interior, en Alemania, contra movimientos comunistas. Alemania tiene una obsesión en relación con Rusia; amistad, enemistad. Pero algo que las relaciona constantemente. Esto había, pese a mil vaivenes, que llevar, en 1922, tras la Conferencia de Ginebra, a los acuerdos de Rapallo que tan justificada sensación promovieron. Entre tanto, Inglaterra y Francia, inútilmente, parecían resignarse a intentar, una y otra vez, cobrar de Rusia indemnizaciones pretéritas. Nada habían de conseguir.

V, AL MISMO TIEMPO, EL FASCISMO...

Desde los días de la «adunata» de la Plaza del Santo Sepolcro, el Fascismo era una realidad creciente en Italia.

1921 marcaba su desarrollo. Ya adquiría dimensiones que hacían presagiar su próximo entronizamiento.

El hijo de un forjador de la Romaña, un socialista, periodista, maestro, polifacético, después de una actuación ya destacada durante la I Gran Guerra (en cuyo «intervento tanto influyó), Benito Mussolini, director sucesivo de «Avanti», del «Popolo d'Italia», agrupa muy diversas e indefinidas tendencias políticas tras avatares sin cuento, en los «fascios de combate», de viejas reminiscencias revolucionarias.

Naturalmente, este fenómeno trascendental es una consecuencia profunda de toda su época, y, al mismo tiempo, fenómeno que la explica. El —inspirador del Nacional-Socialismo— llena y absorbe todo el sentido de este tiempo que llamamos «entre-dos-guerras». Sobre él centramos nuestros próximos artículos, tendencias, sobre todo, a adivinar el contenido de esta época, primera desembocadura del trascendental 1917. Y época en la que, Dios mediante, nos complaceremos en remarcar, muy visible, una marca —quizá ignorada— de la Providencia en sus altos designios.

1922 nos los mostrará, si queremos observarlos, reverentemente, «sub speciae aeternitatis».

LUIS CREUS VIDAL

*Toda la renovación de la Iglesia  
consiste esencialmente  
en el aumento de la fidelidad a su vocación*

(CONCILIO VATICANO II,  
DECRETO SOBRE EL ECUMENISMO, N.º 6)



## POSICIONES ENTREGADAS

*"Todo el que quiera cumplir, aunque no sea más que medianamente se complicará la vida".*  
D. Alejandro MARTINEZ GIL.

En toda batalla de una guerra cualquiera, se da el caso de posiciones que se abandonan porque no intersea conservarlas, de posiciones que se pierden porque el enemigo fue muy superior, y el de otras que se entregan al enemigo con todos los pertrechos de guerra, sin lucha, por cobardía o por traición. El primer caso es de sentido común, el segundo es consecuencia de la superioridad del enemigo, pero lo inconcebible es el tercero: entregar al enemigo, sin luchar, la posición que se debió defender.

Todo esto viene a cuento de la lucha que en la Iglesia de Cristo se viene sosteniendo desde hace veinte siglos: la lucha del bien contra el mal, de la verdad contra el error.

Yo no sé hasta qué punto en siglos pasados se habrá combatido siempre el buen combate y se habrá luchado con valentía, o si hubo también posiciones entregadas al enemigo sin lucha. Cristo ya innuaba el peligro al decir que los hijos de las tinieblas son más listos que los hijos de la luz.

Vamos a dejar el pasado y fijarnos en el presente, pues Dios no nos pedirá cuenta de lo que nuestros antepasados hicieron o dejaron de hacer, sino de lo que nosotros estamos haciendo o desahaciendo, precisamente, ahora.

Y en estos años hay posiciones abandonadas porque no vale la pena conservarlas; posiciones perdidas tras dura lucha, por eso que el Señor dice de los hijos de las tinieblas, y posiciones entregadas al enemigo, sin lucha, ¿Cuáles son estas posiciones de las que el Señor nos pedirá cuenta muy estrecha? Son muchas. Las principales son las siguientes:

1.<sup>a</sup>—Aunque muchos se van a reír de mi ocurrencia, tengo que decir que la primera posición entregada al enemigo sin lucha alguna ha sido la desaparición de la SOTANA o el HABITO. Ni los optimistas ni los más pesimistas pudimos pensar en los males que tal desaparición trajo a muchos de los que se la quitaron; fue el principio del fin de su vida sacerdotal. Y los que no lo vean así es porque viven en lo más copudo de la hi-

guera o son tontos e inútiles del todo y sin remedio. Y decimos esto porque ¿qué se hizo para remediar el mal de su pérdida, que el mismo Papa lamentaba y consideraba como una equivocación tremenda?

2.<sup>a</sup>—La desaparición del CLERGYMAN, con el que se quiso sustituir la sotana, porque esta prenda desapareció de la inmensa mayoría del clero desotonado, quedando reducida para unos pocos a la simple blanco doble —algo es algo— y contándose casi con los dedos de la mano los que visten esa prenda. Volvemos a preguntar, como en el caso anterior, ¿qué se hizo para que no desapareciera el reglamentario «clergyman», cuando ni siquiera se usa en los divinos oficios y administración de sacramentos?

3.<sup>a</sup> La desaparición de la ortodoxia en tantísimas cátedras de Religión, Dogma, Sagrada Escritura, Moral y demás ciencias sagradas, puestas en manos de profesores casi, y sin casi, heterodoxos, clérigos y seglares, en seminarios, colegios, institutos y centros de enseñanza superior, que constituye el problema más grave que pesa sobre la jerarquía, que hace tan poco o nada para remediar esa gran calamidad que ha caído sobre el pobre Pueblo de Dios que merece otro trato y necesita que le enseñen lo que Cristo mandó enseñar a los Apóstoles y no lo que ellos hayan inventado y colgado al Concilio. (Aquí viene muy a cuento lo que dice el P. Escribano en sus MEDITACIONES SACERDOTALES, al hablar de la posible condenación de clérigos y prebostados: «Cuando en la Corte Celestial entra uno de ellos, los ángeles dicen: Hagamos una gran fiesta, porque hace tantos años que por aquí no ha pasado ninguno»).

4.<sup>a</sup> La desaparición del culto al Santísimo Sacramento y sus profanaciones tan graves, del culto a la Santísima Virgen, con la supresión en tantas iglesias de sus imágenes, del rosario, triduos y novenas, procesiones y viacrucis; llevando el mismo camino el culto de los ángeles y santos.

5.<sup>a</sup> La desaparición casi total de imágenes en las iglesias nuevas y de muchas antiguas, con un daño enorme para las almas y las bellas artes.

6.<sup>a</sup> La desaparición del Catecismo de niños de muchas parroquias. Hay una inflación de textos que asusta; pero si se les preguntara, no responderían ni con el de primer grado.

7.<sup>a</sup> La desaparición del cura de su parroquia la mayor parte de la semana, ausente a causa de ciertos trabajos a los que se dedica y su escaso amor, si lo tiene, a la vida parroquial, o por razón de estudios que está haciendo en vista de lo incierto de su porvenir humano, pues en el divino ya no tiene mucha confianza. ¡Lo ven todo tan en el aire...!

8.<sup>a</sup> La desaparición del toque de campanas que llamaban a los divinos oficios, invitaban al rezo del «Angelus», avisaban de la muerte de algún feligrés, repicaban en las grandes fiestas del año y llamaban al vecindario cuando una casa se quemaba.

9.<sup>a</sup> La desaparición total del latín en la Liturgia y del Canto Gregoriano, para dar lugar a unos cánticos que, si bien algunos son muy afortunados, otros no dicen nada al alma y sí bastante al cuerpo, como para echar un baile. Nos gusta mucho la liturgia en la lengua del país, pero nos gustaría que siquiera varios días al año se celebrara en latín para entendernos con los rusos y chinos.

10.<sup>a</sup> La desaparición de unas cuantas cosas so pretexto de que «no dicen nada al hombre de hoy», como si muchas cosas del Evangelio de Cristo les hubieran dicho algo a los hombres de aquel tiempo o se lo dijeran todavía a muchos de los de hoy, incluso clérigos.

11.<sup>a</sup> La desaparición de muchos comulgatorios y de la norma de comulgar de rodillas, cuando ante el Papa, que es un criadín de Cristo, todos se arrodillan. No tendrá mucha importancia el caso, pero ayuda a desvalorizar el Misterio Eucarístico.

12.<sup>a</sup> La desaparición del velo o mantilla que cubría la cabeza femenina en la Casa del Señor y ocultaba el color tan variado del pelo. Tampoco éste es un asunto grave, pero ayuda mucho a perder el respeto a la Casa de Dios.

13.<sup>a</sup> La desaparición, para muchos, de la confesión sacramental, tan trabajosa para confesor y penitentes, pero tan necesaria para la mayoría de las almas, pues son pocas las que van al cielo por el camino de inocencia...

14.<sup>a</sup> La desaparición de la tonsura clerical y el *simplicen cultum* capilar, para dar lugar a las melenas y otros aditamentos que los asemejan a los del mundo, que no tienen esa ley; de un mundo que, a ejemplo de Cristo, debemos ponérnoslo por montera.

15.<sup>a</sup> La desaparición de las cortinas que cubrían los altares en

tiempo de Pasión, no quedando ni siquiera la que velaba a Jesucristo crucificado. (Uno cree que toda reforma, que quita o que pone, ha de estar fundada en estas dos razones: 1.<sup>a</sup> Que no cause daño alguno. 2.<sup>a</sup> Que aporte algún bien o utilidad).

16.<sup>a</sup> La desaparición del Sagrario donde está el Señor del lugar preferente de su Casa, para ser ocupado, como príncipes, por los llamados «antitriunfalistas».

17.<sup>a</sup> La desaparición de otras muchas cosas que han hecho pensar que lo que ayer era verdad hoy puede no serlo, quedando en un mar de dudas que disminuye la fe que siempre han tenido, porque les parece que los que mayores pruebas de sentido habrían de dar están dando a entender que han perdido.

Porque todas estas cosas las han hecho desaparecer unos cuantos clérigos porque ése es su pensamiento, pero en ello son ayudados por quienes están obligados a impedirlo y por otros que piensan de manera muy distinta, y sin embargo no se oponen a esos métodos por *no complicarse la vida*; es más cómodo dejarse llevar de la corriente. ¡Qué razón tenía aquel que decía: «Vosotros sois mayoría, pero sin agallas. Nosotros, la minoría, llevamos el gato al agua, porque vamos a Madrid, rechazamos a éste, pedimos a aquél y se nos oye».

(«Región», 7-IV-74)

M. DIAZ

### ¡ ¡ ¡ H A B R A S E V I S T O . . . ! ! !

¿Habrás visto mentira más grande que la de «esa hoja» al decir que «El viejo anticlericalismo de izquierdas ha desaparecido prácticamente y que desde la izquierda se contempla hoy a la Iglesia con cierta objetividad e, incluso, con simpatía...?».

¡Qué mal conocen lo que pasa por el mundo los que hacen esa hoja! No parece sino que los sin Dios se han convertido por arte de magia en unos benditos corderos, cuando siempre fueron unos lobos carnívoros, y lo seguirán siendo.

Precisamente, estos días, me decía un amigo que vamos a vernos precisados a quitar la sotana para evitarnos las malas caras de los que visten de paisano y librar-nos de los insultos y burlas de ciertos elementos —¡qué elementos!— que no soportan la presencia del sacerdote o de la religiosa en la calle.

Yo le decía que no es la sotana o el hábito lo que molesta en ambos casos, sino lo que va dentro: lo que representa y proclama. Y que de esos insultos no se librarán los que se presentan sin señal alguna externa de sacerdocio, si por otros modos llegan a saber que son lo que quieren ocultar.

Aún en el peor de los casos, vale más aguantar los insultos con valentía, si es que con valentía no nos podemos defender de ellos, que ocultar cobardemente nuestra condición sacerdotal. Vale más exponernos a saltar por los aires, como Carrero Blanco, que agazaparnos y disimular nuestra fe y sacerdocio.

¡Que mal explica el articulista la filosofía de ciertos insultos a determinados clérigos en algunos momentos! Amigo: no se puede ir a París y en París decir unos cuantos despropósitos, y volver a Madrid para repetirlos de manera muy parecida. Y así en otras ocasiones.

Cuando se pierde el sentido hasta el extremo en que algunos clérigos, altos y bajos, lo han perdido, no hay derecho a extrañarse de que después, en ciertos momentos que la vida presenta con más o menos oportunidad, haya que sufrir las consecuencias de nuestras equivocaciones.

¡Cuándo nos daremos cuenta de que ante tan desconcertantes actitudes como son las que adopta una parte de la clerecía, desde hace pocos años, el pueblo, no muy

firme en la fe, se aparte de la Iglesia, y el más firme en ella se lamenta amargamente, a veces con excesiva dureza, contra los que cree responsables de tales actitudes!

¡Cuándo nos daremos cuenta de que no podemos descender a la arena de las cuestiones políticas, sin exponernos a sufrir las consecuencias que nacen de tales líos y problemas!

¡Cuándo nos daremos cuenta de que el pueblo, sobre todo el pueblo sencillo, ante tantos vaivenes y fluctuaciones como está viendo en algunos dirigentes de la Iglesia, no puede tomarnos en serio! Y si no nos puede tomar en serio, ¿qué pintamos en nuestro ministerio? ¿Por qué se ha llegado a un confusiónismo doctrinal y disciplinario que hoy ya nadie niega y reconocen los mismos que hasta hace poco lo venían negando? Cómo al hablar de que hoy ya no hay anticlericalismo de izquierdas y sólo existe el de derechas! Si en España volviéramos a las libertades políticas de los tiempos pasados que algunos quieren resucitar, ya se vería en qué consistiría el anticlericalismo de derechas y el de izquierdas, y cómo volverían los «anticlericales» de derechas a defender lo que los de izquierdas han destruido en tiempos pasados y volverían a destruir en cuanto se les presentara la ocasión de hacerlo.

Ya sabemos que han disgustado mucho los insultos inferidos a ciertos señores en determinada fecha y quisieran encontrar un chivo expiatorio que cargue con todo el peso de tales insultos; y ese chivo es el «anticlericalismo» de derechas. ¡Válgate Dios!

Se quiere defender la conducta de dichos señores diciendo que son los pregoneros de la «renovación posconciliar» y que han sido re-

chazados a causa de «la dimensión social de la pastoral de la Iglesia, de su decidido compromiso en favor de la justicia, de los derechos de la persona humana y la promoción integral del hombre...»

Todo esto puede decirse desde una hoja irresponsable, aunque sea diocesana; pero necesitamos que se nos diga desde documentos procedentes de toda la jerarquía y por tanto vinculantes. No parece sino que sólo unos cuantos prelados, aunque fueran mayoría, son los únicos portavoces de la renovación posconciliar y de la justicia social, y los demás fueran unos anticonciliares impenitentes y unos defensores de la plutocracia y el imperialismo opresor. ¡Con qué ligereza y tranquilidad se dicen y escriben ciertas cosas! Y todo por no querer reconocer los propios errores y, reconocidos, tratar de corregirlos.

Porque en el caso que se ventila no se trata de cuestiones de justicia social, sino de asuntos estrictamente políticos en los que habían intervenido dichos señores; intervención tan desafortunada que hasta los sencillos hombres de Iglesia y patriotas podían enjuiciar y desaprobare.

Porque la cuestión que hoy se discute es política, y de alta política, del ser o no ser de España, y ésa es una cosa que pertenece al César y no a la Iglesia jerárquica. Se trata, simplemente, de si España va a seguir gobernándose según el sistema que ha querido darse y voluntariamente se ha dado, o si hay que cambiarlo por el que la llevó a la ruina hace cuarenta años. *La medida* en el ejercicio de las libertades que conviene conceder a los ciudadanos en *función del bien común* pertenece al Estado señalarla, no a la Iglesia.

No dictaminen tan a la ligera sobre cuestiones tan complicadas,

porque se exponen a pisar en falso, y cuando se dice algo desde ciertos medios de comunicación, hay que asegurarse bien en lo que se dice, no vaya a resultar que un pobre cura les ponga en este aprieto:

Lo raro, lo grande, lo extraño, lo inconcebible, lo inimaginable y nunca visto es que de ese anticlericalismo de derechas participamos, aún condenando todo lo condenable, la mayoría absoluta de los sacerdotes españoles, regulares y seculares, que no somos de iz-

quierdas, si bien no hacemos mucho hincapié en declararnos de derechas, pero las comprendemos perfectamente.

Ahora nos toca esperar a que algún «tío» listo y capaz de descifrar este enigma nos lo descifre y nos diga si estamos acertados nosotros o si son los otros los equivocados.

En fin, uno cree que cuando se adopta una postura determinada, sobre todo si se la juzga como la más acertada, hay que hacerlo con todas las consecuencias, favorables

o adversas, y no venimos después con lamentaciones injustificables, cuando es preciso aguantar el chaparrón de agua que nos venga encima por no haber tenido el cuidado de llevar el paraguas de unas razones o motivaciones capaces de ser vistas y entendidas hasta por los más ciegos y los peor dotados de sentido.

¡ Ah, y líbrenos Dios de la «objetividad e, incluso, simpatía» de Santiago Carrillo, «la Pasionaria» y compañía...!

«Región» 14-II-74) M. DIAZ

## OFENSA A CACERES

Parece que en España los españoles no tengamos ningún problema, cuando tan afanosamente nos los buscamos. Donde no los hay.

Por si el lector no conoce el ínfimo incidente, o no lo recuerda ya, ha ocurrido lo siguiente: en un escaparate de una calle o plaza de Cáceres, figuraba una reproducción de la Maja de Goya.

Un buen guardia municipal, observando los niños que correteaban por allí, la mandó retirar. Esto fue todo.

Ya puede imaginar el lector la que armaron algunos.

Pese a esto, con mucho acierto, el señor Alcalde —y creemos la Corporación—, no desautorizaron al guardia, pues su buen criterio les decía que ello podría escandalizarle — y a quien se dieron las correspondientes explicaciones—, y nadie hubiera dado mas importancia al insignificante asunto... si no hubiese sido que, *obedeciendo como a una consigna*, —casi no hubiera funcionado todo tan bien si la Patria se hubiese hallado en peligro—, hemos visto movilizarse a escritores y periodistas en

todas partes, comenzando por los Diarios mas importantes y que debieran sentir mayormente esto que llamamos responsabilidad, de toda España, en un coro general de rechiflas...

Que sí sí. Que si no. Que si el Concejo y el Alcalde se solidarizaron y felicitaron al guardia. Que si no. Toda España comentando el suceso trascendental Y. Conocidísimas plumas, de la mayor difusión, tomando partido del mismo, para sacar a relucir —¡ cuan bobos somos los españoles maestros en echarnos tierra a nuestros propios ojos!— todos los tópicos resobados y bi-centenarios de toda la España Negra habida y por haber.

Nos hemos creído transportados otra vez a la época en que los Blasco Ibáñez nos «describían» los pasos de las procesiones llevados por portantes ebrios, y demás literatura estereotipada. ¡ Bien poca imaginación se ha desarrollado durante tres cuartos de siglo!

Y, naturalmente, la mofa y la befa se han abatido sobre la «provinciana» (así lo hemos leído repetidamente) ciudad de Cáceres.

Incluso acudieron a esta Ciudad,

en ocasión de un pleno municipal al que llevaron a ocuparse de la cuestión —hubo que acarrear sillas para la digna concurrencia—, mayor número de periodistas y de fotógrafos que si hubiera llegado el mismísimo Kissinger.

Mofa y befa, en definitiva, contra la España tradicional y campesina —personificada en la digna Cáceres— que aún atesora las virtudes tradicionales de nuestra Patria, y que experimenta especial sensibilidad hacia aquella flor, hoy cada día mas rara: el pudor, precisamente. Ingenuamente, si se quiere.

Mofa y befa que denuncian la incultura de gran parte de nuestra gran Prensa, y su notoria falta de elemental criterio. ¿Tan ignorantes hacen al Alcalde y Concejo cacerenses como para creer que su incultura llega a tanto que no conozcan el valor del genial pintor de Fuentedetodos?

¿ Y ninguno de ellos ha atinado en que, real y precisamente, en obsequio al arte inmortal, estas obras se hallan mejor enmarcadas en el Museo del Prado que en un escaparate cualquiera? L. C. V.